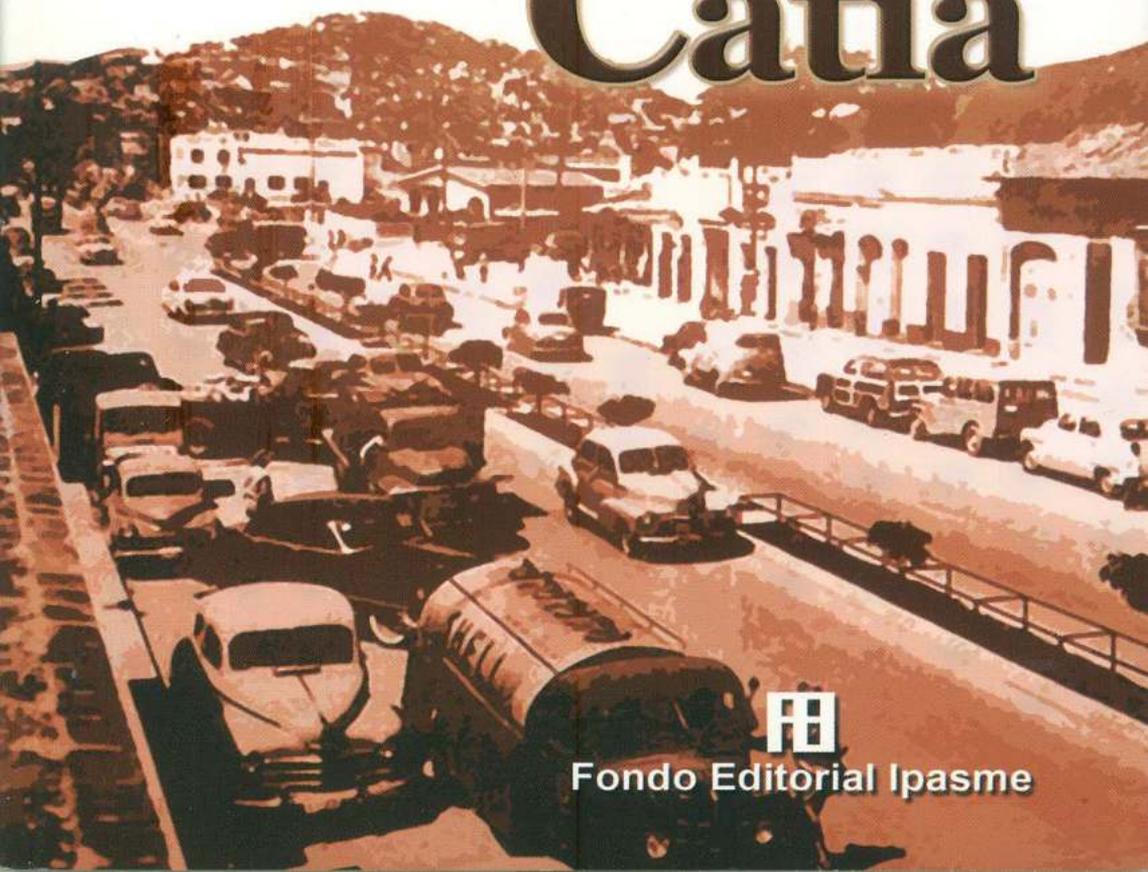


11  
COLECCIÓN  
Zobeyda La muñequera

Cándido Pérez  
**Ocurrió  
en Catia**



Fondo Editorial Ipasme



**Comandante Hugo Rafael Chávez Frías**  
*Líder Supremo de la Revolución Bolivariana*

**Nicolás Maduro Moros**  
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**Lic. Jorge Arreaza**  
Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

**Maryann Hanson**  
Ministra del Poder Popular para la Educación

**Junta Administradora del Ipasme**

**Lic. Silfredo Zambrano**  
Presidente

**Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas**  
Vicepresidenta

**Prof. Pedro Miguel Sampson Williams**  
Secretario

**Fondo Editorial Ipasme**

**Diógenes Carrillo**  
Presidente

Cándido Pérez

# Ocurrió en Catia



Fondo Editorial Ipasme

***Ocurrió en Catia***  
**Cándido Pérez**

Depósito Legal: **lf65120138001636**  
ISBN: **978-980-401-184-9**

Edición: **Ángel Méndez**  
Producción: **Luis Duran**  
Diagramación y montaje: **Mauricio Gaitán D.**  
Diseño de portada: **Yaraiví Alcedo**

**Fondo Editorial Ipasme**

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina  
(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias  
Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.  
Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela  
Apartado Postal: **1040**  
Teléfonos: **+58 (212) 633 53 30**  
Fax: **+58 (212) 632 97 65**

# ÍNDICE

Aquella casa que nos abrigaba a todos.....	7
<b>Capítulo I</b>	
Una brillante mañana de domingo.....	9
<b>Capítulo II</b>	
El campeón.....	13
<b>Capítulo III</b>	
Los Papelones.....	17
<b>Capítulo IV</b>	
¡Púyalo, Pan Quemao!.....	23
<b>Capítulo V</b>	
Camaradas.....	27
<b>Capítulo VI</b>	
El Negro Peggy.....	33
<b>Capítulo VII</b>	
La balada del Mal Querido.....	39
<b>Capítulo VIII</b>	
Redoblón, el Poderoso.....	43
<b>Capítulo IX</b>	
Personajes.....	53

<b>Capítulo X</b>	
Vamos a contar mentiras.....	57
<b>Capítulo XI</b>	
El disco que nunca grabamos.....	61
<b>Capítulo XII</b>	
El Tropical.....	79
<b>Capítulo XIII</b>	
Más bonita que una Miss.....	83
<b>Capítulo XIV</b>	
Cara é Catre.....	89
<b>Capítulo XV</b>	
Una curda con Julio Jaramillo.....	93
<b>Capítulo XVI</b>	
Freddy “El Chueco”: Nuestro hombre en TV.....	99
<b>Capítulo XVII</b>	
El Chico.....	105
<b>Capítulo XVIII</b>	
Dejamos parte de nuestras raices en aquel lugar.....	111

## **Aquella casa que nos abrigaba a todos**

Catia, ese sector caraqueño que tiene más habitantes que varias capitales de estados, está dividida en urbanizaciones y barrios, pero posiblemente en todas, durante los años de las décadas 60 y 70, la mayoría tenía gente similar a uno y lo podíamos comprobar al compartir con la gente de otros barrios o urbanizaciones.

Fuese en la escuela, el liceo o el trabajo, aquella gente coincidía en necesidades, anhelos, sueños, realidades. Quizás valga este ejemplo: Cuando nos correspondió estudiar el cuarto año de bachillerato fuimos a parar al liceo Luis Ezpelozín, pese a que vivíamos a un par de cuadras de Liceo Andrés Eloy Blanco. El primer día me encontré con sólo un compañero al que conocía de antes: Uribe. Sin embargo, como no hubo clases, nos invitaron a una fiesta; sin hacernos de rogar Uribe y yo seguimos al grupo y fuimos a parar a Gramoven, y en la casa de una muchacha, descendiente de trinitarios y de apellido Thomas, bonchamos con todas y con todo. Al terminar aquella improvisada fiesta, ya conocíamos a quienes de una manera u otra, eran como nosotros.

Para los que nos criamos en la Urbanización Urdaneta, compuesta por más de 40 veredas, aquel sector era de todos y para todos. Un lugar era punto de confluencia para nosotros; la gente de las Lomas de Urdaneta, del Barrio Continente, de

Ciudad Tablitas y hasta de Los Magallanes, nos concentrábamos en el Centro Juvenil de Catia, una modesta instalación para la práctica deportiva que nos unió más, y de cierta forma nos convertimos, en lo que suelen llamar los sociólogos, un “grupo primario”, es decir, una familia que se extendía a otras casas y hasta otras veredas y bloques, donde la solidaridad, en las buenas o en las malas era infaltable. Incluso, se mantenía aquella muy vieja costumbre de pequeños pueblos de la provincia, en las que nuestras “viejas” se intercambiaban sus creaciones culinarias.

Allí, donde me críe, pasé mi infancia y mi juventud, quedó sembrado el amor y la amistad por la gente de Catia, que pese al tiempo, solemos identificarnos al vernos.

Sin querer tomar el protagonismo de estas anécdotas, las narraciones serán la mayoría en primera persona, porque lo viví y lo sentí. Como en algunas películas, algunos nombres están cambiados, con la intención de no lesionar a nadie, y proteger a los inocentes.

*El autor*

# Capítulo I

## Una brillante mañana de domingo

Fue como retornar el pasado. Todo estaba igual, quizás lo único diferente era la luz de los bombillos más tenue. También la soledad, aquella vereda siempre llena de bullicio salido de gargantas infantiles estaba silenciosa, como con la alegría perdida.

A mi izquierda estaba la ventana y regresó a mi mente, como una película vista y repetida muchas veces, aquella mañana brillante de domingo. Más temprano que siempre iba la bulliosa tropa, todos eran pilotos de la carrera de carritos, todos mostraban orgullosos sus franelas blancas con el autito y la leyenda “Soap Box Derby”. En cada cabeza el casco de cartón piedra que, con el transcurrir del tiempo se convertía en atuendo de guerra con bombas de tierra.

Pocos días antes estábamos en el Centro Juvenil de Catia, refugio de deportes y travesuras. Era el momento de probar los carros; unos feos camastrones otro aerodinámicos como cohetes, surgidos de la imaginación del flaco Freddy Machado que, desde luego, tenía el suyo con apariencia de lancha de carrera.

Subía al mío, que no era uno de los mejores, pero tampoco de los peores. Estaba pintado de rojo y blanco con el triángulo de la YMCA en la parte central.

Ya en la rampa vi hacia los lados, uno era un camastrón y el otro la nave de Freddy. Era una prueba, pero no una competencia, la distancia era relativamente corta, y de ninguna

forma podía convertirse en una manera de predecir lo que ocurría el domingo siguiente.

Bajaron la rampa y los carritos comenzaron a rodar; yo iba en la punta, pero allí estaba un grueso tubo para poner malla de voleibol. No podía girar porque chocaría con mis compañeros, no quedaba otra alternativa que frenar. Pisé la zapata y bajó el freno, pero desde luego, no hay frenos de potencia en los carritos YMCA. Choqué...sin consecuencias, salí del cacharrito sin problemas, tampoco el carro le había pasado nada de consideración. Revisamos y notamos que el eje trasero estaba un tanto mal ubicado, que una pequeñísima inclinación influía en el mecanismo direccional.

Pepe “Culiyo”, un experto de muchas carreras y ninguna victoria, ayudó y todo quedó listo para que al otro día ese carrito y un centenar más fuesen trasladado al “Garaje Vertical Abanico”, para la última y definitiva revisión.

De regreso a la vereda íbamos, como siempre, entre simulacros de pelea, empujones y risas. Vimos a Ramón López, aquel corredor de autos que, de alguna manera, era un personaje importante para nosotros. Tenía sus carros pintados de ardiente rojo y brillante amarillo con un número grande en la puerta y un tronar de motores que opacaba cualquier sonido.

Llegué a mi casa y nunca supe cómo mi madre se enteró del “accidente”. Me dijo que era un peligro y que en caso de una lesión no sabría cómo responder a mi padre, silencioso e impenetrable caballero, con sombrero y corbata, cuya sola presencia me provocaba temor.

La decisión irrevocable era que no correría.

Por esa ventana aquella mañana los vi pasar, iban todos, mis ojos llenos de lágrimas y mi voz quebrada no me permitieron llamarlos para que me ayudaran.



Freddy Machado, uno de los campeones de la Ymca



La fiebre de los carritos Ymca



La muchachada de Catia construía sus carros con miras a la competencia

## Capítulo II

### El Campeón

Todas, todas las tardes pasaba por la esquina, nuestro habitual sitio de reunión, iba a comprar “El Mundo”. En muchas de esas tardes le llamábamos y él nos contaba la misma historia, casi con las mismas palabras.

Le abordábamos señalándole algo de de lo que nos había contado.

—¿Quién se lo contó?—preguntaba

—Seguramente su papá—se respondía—es verdad, combatí contra cinco campeones mundiales, Peter Scalzo, Joe Archibald, Kid Gavilán...

Era cierto, nuestro vecino “El Pollo de la Palmita” había sido titular nacional de los pesos plumas y en su carrera por los cuadriláteros se midió con púgiles que, en algún momento, ostentaron coronas mundiales.

Era más bien bajo, ya tenía el pelo escaso y blanco. Un coliflor en cada oreja testificaba su paso por los ensogados. Suponíamos que estaba por los 60 años de edad, pero mantenía una excelente condición física y, al parecer, la velocidad era su consigna, porque hablaba rápido, caminaba tan velozmente que sorprendía cuando desaparecía en segundos, pese a tener juanetes notables que deformaban su calzado.

A veces aparecían unos guantes de boxeo y “El Pollo”, sin titubeos, guanteaba con cualquiera de nosotros, sin importar que le aventajasen en estatura o peso. Si alguno quería golpearlo con mala intención, respondía fuerte y tenía la virtud de llegar al “in fight” con habilidad sorprendente.

Por el contrario, si alguien intercambiaba solo marcando golpes, al final del pugilato “El Pollo” decía: “Usted boxea como un caballero.”

Carmelo, uno de nuestro grupo con la condición especial para burlarse de cualquiera, lo acicateaba para que contase una y otra vez su historia.

—Fui a pelear a Francia—narraba—y en el barco los marineros que lavaban la cubierta nos echaban agua en los pies a mi y a mi esposa. Yo no hacía nada porque nos podían echar al mar, pero cuando llegásemos a tierra me las iba a cobrar todas, pero ninguno de los marinos quiso bajar cuando estábamos en el puerto.

Estuvo casado varias veces y al parecer a todas sus compañeras les mostró sus celos y sus habilidades pugilísticas.

Otro de los temas que por insistencia de Carmelo solía abordar, era su paso por el Manicomio, por razones que nunca nos quedaron muy claras.

—Es verdad—decía—primero me metieron en el Pabellón “A”. Ahí se comía con todos los cubiertos, pero había unos muchachitos que me molestaban y les lance una silla, por eso me pasaron al pabellón “B” donde solo nos daban una cucharilla para comer. Allí uno de los locos me tocó por detrás y le di, toma loco tu knockout y entonces me pasaron a la “C”

donde estaban los locos furiosos y se comía sin cubiertos como los animales. Tuve que repartir knockouts a diestra y siniestra y parece que eso hizo pensar a los jefes del Manicomio y que me dejaron volver a mi casa.

“El Pollo”, como muchos, aseguraba que el contacto sexual aminoraba la fortaleza de las piernas y por eso, cuando estaba entrenando para una pelea, “nada de eso”.

—Cuando me excitaba olía alcanfor y me tranquilizaba.

La mujer que tenía como esposa la había conocido cuando él era profesor de educación física y ella una estudiante de primaria con solo 14 años.

Quizás por la notable diferencia de edad la dama solía buscar aventurillas, pero cuando era descubierta, llevaba sus dosis de derechazos e izquierdazos.

Tuvo una hija, sin duda bonita y a sabiendas de su condición, coqueta y brincona.

La jovencita un día invitó a un gordito, de nombre Ricardo, que tenía una guitarra eléctrica para que la visitase a su casa y le enseñara a tocar. El “guitarrero” lleno de emoción fue a la casa de “El Pollo” en la vereda 41 y en la puerta fue recibido por el ex boxeador quien le dijo: “Mire hijo, márchese antes de que le rompa la guitarra en la cabeza.”

También tenía un varón, era una pequeña sabandija de voz chillona que no respetaba al padre ni a nadie.

De verlo pasar, de saber de su vida cotidiana nunca reparamos, hasta que fuimos adultos, del valor deportivo de nuestro vecino el “Campeón Sin Corona”, Simón Chávez.



El equipo de fútbol de CJC, de donde salió una buena camada.

## Capítulo III

### Los Papelones

Vivían en una de las casas de la vereda 11 de la urbanización Urdaneta de Catia, una como cualquiera de las que nosotros vivíamos, modesta, con los utensilios imprescindibles y limpia; preocupación fundamental de nuestras viejas. Entre sus moradores había dos miembros de la selección nacional de voleibol y una actriz. Eran, junto a Gustavo Gil y Teodoro Obregón, figuras de gran relevancia en el sector, pero aquella familia rebasaba el ámbito deportivo y sus fiestas fueron consideradas las mejores a la que bailador o bebedor haya asistido en aquellos mejores tiempos, en lo que se podían hacer fiestas en las casas de familia.

El hermano mayor, Genaro, al igual que sus otros hermanos menores, eran altos, flacos y negros, por ello no se sabe quien les bautizó como los Papelones.

En el Centro Juvenil de Catia saber que los Borges (su apellido legal, el otro era el artístico) era sinónimo de lleno en la pequeña tribuna, para ver al equipo de la modesta instalación que fundó la YMCA, apabullaba a cualquier rival, además de tener la oportunidad de presenciar a dos integrantes de la selección nacional, “Papelón” y “Papeloncito”, repartir remates de diestra y siniestra y hasta fracturar muñecas de sus oponentes.

Oswaldo, el mayor de los dos voleibolistas, se casó con Petronila (“La Tocha”), también destacada jugadora del deporte de la “net”, e integrante del seleccionado femenino.

A Luis lo veíamos, siempre sonreído, caminar vía al liceo Andrés Eloy Blanco.

En una ocasión, cuando formaba parte de un grupo de rock, nos invitaron a tocar en una fiesta de los Papelones. Tanto el “Chino” Luis, como “Pan Duro” y yo, sabíamos que cuando se prendía la fiesta en aquella casa nadie podía salir. La costumbre era que cuando alguien entraba, se cerraba la puerta con llave, quizás para evitar visitantes no deseados, pero otra de las finalidades era para que la gente se quedase hasta el otro día en la mañana, cuando luego del desayuno para todos, abrían la puerta y cada cual para su casa. Quien no sabía de aquella costumbre era Henry, nuestro guitarrista líder, cuya familia no le permitía demasiadas libertades, pero no le dijimos nada, porque quizás no hubiese asistido al bonche.

Creo que la invitación al grupo tenía que ver con la curiosidad que tenía Genaro, director de un conjunto de parranda, de ver aquellas guitarras eléctricas, amplificadores y demás accesorios. Aquel conjunto, que también era denominado “Los Papelones” tocaban lo usual de esos casos, cuatro, maracas, tumbadora, charrasca etc.

Ellos tocaron primero, con el “Negro” Burgos como vocalista principal. Burgos ha sido un individuo que se ha mantenido en los trece de su moda, lo conocimos usando unos jean apretados desde los tobillos hasta la cintura y la última vez que lo vi, en una “caimanera” de softbol entre periodistas y profesores del Pedagógico de Caracas, unos 25 años después, mantenía su misma “moda”, aunque la pelambre entrecana acusaba el paso del tiempo.

En verdad que “Los Papelones” tocaban con sabor y tenían temas con letras divertidas, recuerdo una que, en uno de los versos decía algo más o menos así “no te beso más, porque el beso que te di, me supo a cachapa con papelón”.

Luego nos correspondió a nosotros. Las salas de las casas de las veredas de la urbanización Urdaneta eran amplias, pero dos amplificadores y una batería en aquel lugar eran mucho, incluso se temió por el futuro de la cristalería, cuando luego de afinar en volumen bajo, arrancamos a tres cuartos de potencia.

Genaro y su gente estaban entre sorprendidos y agradados, y así, entre la salsa del tocadiscos, los aguinaldos de Los Papelones y la música nuestra, todo rociado de espirituosas bebidas, los bailadores la pasaban de lo mejor y sin darse mucha cuanta las horas fueron pasando.

Henry, vio su reloj y exclamó. ¡Panas me tengo que ir, no quiero peo con mi hermano!

El hermano mayor de nuestro guitarrista era la severa guía masculina de aquel hogar, cuyo padre había fallecido.

Le comentamos la costumbre a Henry, pero nada, el hombre cogió aquella guitarra forrada en una especie de cuero rojo marca Klira y trató de ganar la puerta, pero estaba cerrada. Se dirigió a Genaro y le dijo que tenía que irse.

“No mijo usted no puede romper una tradición así como así. Si quiere mañana, cuando se termine la fiesta, nosotros le acompañamos a su casa. Pero por ahora, conecte su guitarra y tóquese otra”, fue la respuesta.

Y así fue. Cuando clareaba el sol del siguiente día, a cada uno de los asistentes le llegó una arepa rellena y una taza de café con leche.

Ya con puerta franca salimos, e incluso dejamos los instrumentos y a buscarlos por la tarde.

Henry no comentó nada después sobre lo ocurrido en su casa, pero no debe haber sido mucho.

Años después, cuando aquel grupo de rock era sólo un recuerdo, me encontré con Oswaldo “Papelón” Borges en la redacción del diario Meridiano, en el cual él publicaba (no sé si aun lo hace) una columna semanal (“Papelón en voleibol”). Claro nos reconocimos por una extraña e inexplicable característica que tenemos lo que nos hemos criado en Catia. Desde luego, hubo referencias y recuerdo que afloraron y el tono del trato fue diferente, más cercano, más entre iguales.

En fechas cercanas a aquella ocasión, también conocí a Mirtha, la hermana de “Papelón”, que a diferencia de sus hermanos era más bien bajita y gordita. En aquel momento trabajaba como actriz en Radio Caracas Televisión, pero ya tenía larga experiencia en las tablas y además algunas incursiones en el cine nacional. Siempre, como su gente, dejaba brotar su simpatía con todos, que además le respetaban por su calidad interpretativa y humana. Personalmente no la he visto más, pero alguna vez que otra, en la pantalla de Venevisión aparece en el programa Que Locura, en el que con gran naturalidad colabora para hacerle pasar sustos y chascos a los invitados internacionales.

En la redacción de Meridiano, también por esos días, se corrió la especie que “Papelón” iba a ser el presidente del IND, que sólo se esperaba el anuncio de Luis Herrera Campins, presidente electo en esos días.

“Papelón” se me acercó y me preguntó, “¿qué te parece com-  
padre? ¿Crees que debo aceptar?”.

Conocía la posición crítica de “Papelón” sobre el deporte en  
nuestro país, en la que coincidíamos en varios puntos, por eso  
le dije que en un gobierno de Copei no iba a poder poner en  
práctica medidas de cambio.

No me dijo más nada, pero a los pocos días era el presidente  
del Instituto Nacional de Deportes.

No dejó de ser el individuo accesible y no olvidó la cancha  
donde jugó tantas veces. El Centro Juvenil fue remozado, la  
cancha tuvo un piso nuevo, los tableros de baloncesto fueron  
cambiados, sin duda ayudó a aquella gente, que era su gente.



Papelón Borges



El gran maratón, donde participaba toda Catia

## Capítulo IV

### **¡Púyalo, Pan Quemao!**

Escuché el grito del negro “Bikila”, mi entrenador y mi pana, “Púyalo Pan Quemao”, y arranqué con todo.

Los codos bien abiertos, porque a mi no me iban a aplicar la de Guimaraes a Wuyke en los Panamericanos de 1983. Los de “Catusca” aprendemos a golpes, pero rápido.

Le dicen Bikila porque cuando era corredor competía sin zapatos, como Abbebe Bikila, el que ganó dos maratones en los Juegos Olímpicos, pero nunca le llegó ni a la mitad de lo que fue el etíope, pero aprendió a entrenar y me ha enseñado.

Todas sus indicaciones la llevaba en mente y las cumplía como si estuviera cantando una tabla de multiplicar: Tanto por tanto, tanto.

Salí de Staten Island con el pelotón de los de adelante. Veía a la gente aplaudiendo, pero no escuchaba nada; respiraba profundo, cuando llegamos al puente Varrazano, sentí como nunca que era de verdad un atleta de los rankeados; no un ejecutivo de esos de banco que corren diez minutos por la mañana, antes de disfrazarse con su traje barato para ir a contar el dinero que no es suyo.

Cuando entramos a Brooklyn, me llegó a la nariz ese horrible olor grasoso de las rosquillas de pan de cebada que venden en las calles de esa imponente ciudad, unos tan marginales como yo, pero

que se consideran con más clase porque son marginales de Nueva York, la capital del mundo, mientras que yo soy uno de una ciudad con pretensiones cosmopolitas y llena de huecos y ranchos.

El enorme pelotón se fue desgranando, los aficionados fueron quedando atrás y los duros seguimos con nuestro paso. Atravesamos las urbanizaciones Bay Ridge, Susent Park, Park Slope, Bedford-Stuyvesant, Williamsbrug y Greenpoint. Todas similares, por no decir iguales unas a otras. De los edificios y casas la gente aplaudía. Pasamos por el puente Pulanski y entramos a la zona de Queens, donde sobresale el estadio de los Mets y el complejo donde juegan el abierto de tenis de Nueva York. Ya estábamos a la mitad del recorrido, y yo fino. Luego de cruzar por el puente de Queensboro entramos a Manhattan. A mi lado un negro, seguramente, gringo mascaba chicle y más adelante uno, que por lo hediondo, suponía que era francés.

Cuando uno corre 42 kilómetros 195 metros tiene que concentrarse en la respiración, la técnica, los contrarios, pero con todo eso da tiempo a pensar en uno, en los demás, en todo. Aquí, en este grupo puntero, seguido por más de unos 20 mil tipos, uno sabe que está el cubano Salazar a la espera de enrostrar su victoria al Fidel, el portugués Lopes, con su cara de bodeguero; Mora el cachaco, el pobre paisano Azócar con su cara de lástima y los negritos africanos, de quienes dicen que entrenan perseguidos por leones y por eso corren tan rápido.

Bikila, el entrenador mío, es como yo, uno más que quiere gozar de sus 15 minutos de fama, como dijo aquel pintor cegato y maricón que se ponía peluca, el tal Warhool.

Me lo recomendó “Fosforito”, el de la Federación que estudió en el mismo liceo que yo. Lo conoció en Maracay, me dijo que en gran

fondo era mejor que Mihail Zissu, que Facendo, que Elavit. Me ha hecho pisarme la lengua, pero me siento bien, en forma, volando.

Los gringos son extraños, ayudan, nos dan agua, nos la echan encima cuando pasamos, nos sonríen, nos dicen cosas incomprensibles: ¡hurry!, ¡hurry!, gritan y aplauden.

Apuro el paso, no es por estrategia sino por la hediondez del tipo este, el francés, que no me deja respirar bien; lo rebaso para respirar mejor el smog gris, adorno eterno de esta inmensa ciudad. El puente quedó atrás, pasamos por el Bronx, allí de donde han salido mucha gente brava de la salsa, entramos por el puente de la avenida Madison, De lejos veo el Garden, donde “Morocho” Hernández se sonó al italiano Mario Rossito en el primer round con aquel gancho de izquierda que tumbaba hasta un burro, es decir, que volvemos a Manhattan. Tomamos hacia el sur por Harlem, donde están los negros, que todos tienen cara de malandros, pero nada que temer, los tipos ven la vaina de lejos y nada más. Aquí los policías no comen coba, además son unos carajotes como de dos metros y más de 100 kilos, además de otros que van sobre unos caballotes como los del hipódromo.

No, no voy a pedir ni casa, ni beca. Si gano no voy ni a pasar por el IND, ni me voy a dejar utilizar por ningún tipo de esos que llaman dirigentes.

Seguimos igual, pero me siento cansado, los pies me pesan, me duelen.

Acaso estos piazos de zapatos están mal hechos, pero me los regaló el señor de la fábrica que queda en Los Teques.

Por ahí viene Salazar, lo veo, quiere ganar, quiere desquitarse del portugués, que le echó a perder su vaina en los Juegos

Olímpicos y que lo tuvieron que aplaudir los casi 100 mil gringos que estaban en el estadio.

Tengo que afincar, a mi no me va a pasar, la punta es mía, falta poco. Son “los dinteles de la gloria”, como dice el negro Bikila, a mi me tiene que “echá polvo”, el “Morocho” y yo ganamos, ganamos en Nueva York.

Pero tengo sed, siento la garganta carrasposa.

¡Coño! Ese catire cara e loco me ofrece un vaso. Debe ser mañanita o jugo de naranja, porque es amarillo. Sabe raro, como a almendras de esas de diciembre. Este gringo está loco, por qué se ríe, qué me dice. ¡Carajo! es el del Ku Klux Klan seguro. Estoy listo, me envenenó. La llegada está ahí, allá la veo, voy a llegar, Salazar está lejos, no me puede con el paso que llevó, pero y pelé bola, el gringo me la aplicó, seguro me envenenó. Siento un dolor en el dedo gordo del pie. Carajo, cada vez es más fuerte creo que me voy a caer sin llegar a la meta. Oigo a Bikila que me grita, ¡“Púyalo Pan Quemao”!, ¡“Púyalo Pan Quemao”!, pero no puedo más.

Que pesadilla.

Despierto, me quitó el cordel que tengo atado en el dedo gordo del pie derecho. Salgo a la ventana del cuarto que da al jardincito donde está la mata de almendrán. Es el pana “Basurita” que me hace señas. Le había dicho que íbamos a trotar juntos, para prepararnos para la Media Maratón de los Barrios que organiza Meridiano.

—No “Basurita” mi pana, hoy no voy. Acabo de correr 42 kilómetros 195 metros y estoy hecho ceniza. Pero mañana sí. Seguro.

## Capítulo V

### Camaradas

Desde nuestra vereda, al igual que muchos otros, vimos transformaciones violentas en muchas cosas de nuestro entorno. Al frente aquel terreno con aquella gran casa rosada y blanca y aquellos sembradíos de fruta-verada se convirtieron en un barrio de ranchos, con aguas negras en las callejuelas, moscas verdes pululando por todas partes, niños barrigones; sucios, mocosos. Era la pobreza, la más terrible que habíamos conocido y que distaba mucho de nuestra propia pobreza, que si bien no nos permitía lujos, por lo menos nos permitía la decencia de comer y vestirnos.

Con aquella pobreza llegaron delincuentes, viciosos y otros especímenes de lo que, posteriormente, conociéramos como “lumpen”.

Sí, cuando junto a mis amigos fuimos tocados por el descontento de sentir la injusticia, de verla muy de cerca, como muchos desearon un cambio y se hicieron comunistas.

Yo antes, ya que había escuchado aquella palabra el 23 de enero del 58, comencé a entender que las desigualdades sociales, que la existencia de los pobres y ricos era consecuencia del capitalismo y de los gobiernos que lo auspiciaban.

Aquellos jóvenes, casi niños, se habían integrado a un Comité de Base para colaborar con la guerrilla y la revolución que traería la justicia social, la igualdad, la eliminación de la pobreza.

Una de las que les fueron encomendadas a los muchachos fue escribir “pintas” (graffitis que ahora llaman) por los alrededores. Ibamos el “Catire”, Iván “Monina”, Nelson “Tamacún”, “Mango é Teléfono” y yo, con un atomizador de pintura roja los cuatro camaradas enrumbados hacia Pro Patria, donde había algunas fábricas, porque eran las instrucciones, “el mensaje debía llegar al proletariado”.

“Monina” era el que escribía más rápido y yo, que me encargaba de la ortografía, haríamos el letrero “subversivo”. En una de las esquinas se apostó “Catire” con su cara de felino peleón y su ojo de vidrio; en la otra esquina Manuel “Mango é Teléfono”, negrito y fornido.

Por la esquina que resguardaba Manuel, pasó un carro libre que, repentinamente apagó las luces. “Mango é Teléfono” no le salió el silbido o sintió miedo y corrió, pero ocurrió que el carro dio vuelta y sorprendió en plena “pinta”. El conductor y su acompañante eran “Sotopoles” (miembros de las bandas armadas de AD) y agarraron a los dos ejecutantes del “graffiti” y a mi. No tuvimos tiempo de correr.

Al poco tiempo llegó una “jaula” con policías uniformados que se encargaron del trío. Nos pasearon por el 23 de Enero y nos amenazaban con matarnos, mientras golpeaban con los rolos. La camioneta llegó al bloque 45 donde funcionaba un retén, cuando un oficial observó a los detenidos, notó que ninguno llegaba a los 18 años.

—Ah, ustedes son rojos—dijo— y luego de empujarnos contra la “jaula” agarró el atomizador y con él nos pintó la cara con la pintura roja del atomizador y dijo, “ahora si son rojos”, además de darnos sendos puntapiés en el trasero.

Pero el maltrato y la humillación avivaron la rebeldía de los muchachos de aquella zona, quienes, con “resabios burgueses” criticados por los dirigentes, seguimos militando y colaborando con las guerrillas que se habían formado en varios estados del país.

A algunos se nos creó la costumbre de leer a Marx, Engels, Lenin etc. Eran objeto de estudio, desde luego, un tanto “manualescos” pero teníamos argumentos para discutir con cualquiera.

A veces hacíamos “tomas y reparto de propaganda” que, por lo general, la comandaba el “Negro” Duque, quien se ponía un pedazo de palo de escoba entre la correa y la camisa, y arriba se colocaba una chaqueta de cuero negra con el cuello de piel, la gente le veía el hombro como si tuviera allí en cañón de una ametralladora. Observaba el reparto de volantes, las consignas y finalmente hacía seña para la retirada y él se quedaba de último, como cuidando la salida del barrio al que íbamos.

Yo era uno de los que padecía serias contradicciones porque colaboraba, militaba etc., pero estudiaba en un liceo de curas donde, en una ocasión llevaron a unos cubanos, abiertamente contrarrevolucionarios y yo, ante los estupefactos padres y no pocos compañeros de aula, me metí una fogosa discusión con los antillanos que salieron ofuscados, tanto que a mi y a otro estudiante de apellido Antón (luego sería dirigente sindical) nos tildaron de “comemierdas”, de anticristo etc. Sin embargo el “líder” de Urdaneta y su colega del 23 de Enero, se sintieron triunfadores, pero este triunfo se les convirtió en un estigma puesto que los reverendos sacerdotes se les afincaban.

Hubo un día que discutí poco antes de una misa con el Padre Lucio, profesor de física y guía de su curso, quien le ordenó salir de la capilla. Cumplí la orden, pero cerré con un portazo que las imágenes de los Santos tambalearon en sus pedestales.

El sacerdote citó a la vieja Laura, mi madre, y le sugirió que me cambiase de colegio.

Fui a recalar en un liceo que se había ganado el remoquete de la “Universidad de Catia” y donde, solían decir los bromistas, cuando pasaban lista de asistencia los alumnos respondían “a bordo”.

A la hora de cualquier manifestación los de la “Universidad de Catia” que, por cierto no llevaban uniformes, encabezaban la marcha; la mayoría eran expulsados de otros liceos por “mala conducta”.

Cuando llegué al primer día de clase me encontré con varios conocidos quienes, en homenaje al recién llegado, compraron dos botellas de anís para tomárselas mientras venía el profesor.

De regreso a las veredas seguía con los compinches en la militancia y el “Catire”, uno de los cercanos, había sido nombrado “Secretario de Solidaridad”, aunque el rubio de ojo de vidrio no tenía la más remota idea que era eso de “solidaridad”. A la hora de tirar piedras, quemar cauchos, hacer molotov etc. todos estaban al día. Por cierto que el Comité de Base había logrado muchos puntos a favor ante la dirigencia porque Miguel, que trabajaba en un laboratorio, había aprendido hacer molotov de contacto, sin usar mechas lo cual era menos peligroso y muy sorprendente.

Los muchachos comenzaron a tener roces con grupos que se habían dedicado a fumar marihuana y a robar. En muchas ocasiones, desde el Centro Juvenil (sitio exento de cualquier sospecha) salía una pandilla armada con ejes de carritos de carrera (Soap Box Derby de acuerdo a la YMCA estadounidense) que no eran otra cosa que unas barras de hierro que en cada punta tenían una forma que les permitía meter las ruedas, además de palos etc. A cazar a los malandritos quienes, a la larga, se complotaban con los policías en contra de los “ñángaras”.

En una de las “cacerías de malandros” los muchachos capturaron a dos ladroncitos que iban armados, uno con una pistola 7.65 y otro con un revolver 38, que fueron a parar en manos del “secretario de solidaridad” y que resultaron ser de un funcionario de policía, a quien le apodaban “Félix El Gato” que se los entregaba a los choritos para que asaltasen con ellos y le trajeran su parte. El gendarme corrupto conocía a todos los del grupo y fue buscando a uno por uno, pero las armas fueron descubiertas por la mamá de “Morocho” quien las echó en una letrina.

El ser “ñángara”, realmente, resultaba una forma de encausar el descontento, y también de canalizar el gusto por el riesgo que iban desde lanzar piedras a las caravanas de los adecos, hasta robarse un carro para que otros camaradas tiraran un atraco. Todo era emocionante y, además, se sentía que se estaba trabajando por hacer realidad un ideal de justicia para el país.

Luego llegaría “el documento de paz democrática” por el lado del PCV y de “repliegue táctico” de parte de MIR. También crearon el UPA (disfraz del PCV antes de su legalización) y la “guerra contra el sistema” fue amainando.

Cuando se dividió lo que parecía indivisible, el PCV, hubo como un enfriamiento en el alma de muchos. Algunos camaradas, como “El Buitre” Echenique, se fueron con los Maneiristas, gente que siguiendo los lineamientos del filósofo Alfredo Maneiro, sentaron las bases de Causa R. Otros, la mayoría, tomaron vía naranja y se convirtieron en el MAS. Uno que otro quedó rezagado de la actividad partidista y también hubo, como “Cafetera” Obregón, que fue a parar en AD, más por necesidades económicas que por otra cosa.

Pero ya no había aquella solidaridad secreta, aquella emoción de sentirse ilegal y buscado. Algunos de los del grupo que salían a “cazar malandros” se pasaron para el bando de los “drogos”. Incluso uno de los panas muy cercanos, se metió de frente en vainas de drogas, y en una discusión con otro negociante, se le fue un tiro y lo mató, con tan mala suerte que el muerto era hermano de un PTJ, que ayudó para que le dieran con todo. Se mamó 17 años preso en la Penintenciaria General de Venezuela en San Juan de los Morros, y nunca quiso que los visitáramos, según nos dijeron sus hermanos, para evitar que pudiésemos convertirnos en víctimas de sus compañeros de “cana”.

Ya nada era igual... habían desaparecido los ñángaras, camaradas.

## Capítulo VI

### El Negro Peggy

Un día llegaron al Centro Juvenil de Catia un par de gringos, uno rubio de mediana estatura y otro negro, de cerca de dos metros. El primero, Joe Jaicox, tuvo un paso efímero por aquella modesta instalación, mientras que el otro, cuyo nombre es Jerry (Jerome) Page se quedó en el sector y permanece aún en el recuerdo de muchos de los muchachos que le conocimos.

Peggy fue el nombre con el cual le bautizaron en la zona, tal vez porque era más fácil de pronunciar, y sin problemas algunos aquel gigantón, flaco y con gruesos lentes de pasta negra, respondía.

Al llegar aquel par le vimos unos grandes bolsos del ejército de Estados Unidos, Nos informaron que eran miembros del Cuerpo de Paz, una organización que enviaron a Venezuela, y a otros países del área de América Latina como una propuesta política para evitar la repetición del fenómeno cubano de los años 60.

El par hacía trabajo social en Catia y también en Las Tunitas, un cerro que queda en las estribaciones entre Caracas y La Guaira, al punto que desde algunos lugares se podía ver el mar. En algunas ocasiones jugábamos beisbol contra ellos, en el CJC le podíamos ganar, pero cuando llegábamos al plan que servía de estadio en Las Tunitas estábamos tan cansados de subir el cerro, que no nos quedaba fuelle para parar a aquellos

bichos que nos molían a palos. Entre los jugadores de ellos había uno pequeño, que jugaba segunda base y que le apodaban “Veterano”, de vez en cuando llegaba al CJC y jugaba en las caimaneras que se armaban en el terreno de beisbol, que se llamaba así porque tenía un backstop que le identificaba como tal. Pero para nosotros era el Yankee Stadium.

Jaicox, a quien le solíamos llamar Joe, parece que le gustaba la rumba caribeña y, desde luego, el contoneo del caderamen de las damas nacidas en esta tierra. El hombre, rubio cual galán de Hollywood soñado por muchas, parece que tuvo varias incursiones con algunas de las jóvenes nacionales, pero no del sector catiense, aunque hasta esos predios llegó el chisme, cosa común también en el área del Caribe.

Jaicox, en una de sus visitas a Las Tunitas, tuvo un pequeño problema con uno de los malandros de la zona, a quien aplicó sus conocimientos de defensa personal conseguido en su paso por el ejército de su país, y lanzó por un barranco (con motocicleta y todo) al malandrín. Aquella acción, que nada tenía que ver con la “paz” que decía traer, conllevó a que la gente de la YMCA, en cuyos centros prestaba servicio, lo sacaran de la zona y no se sabe dónde fue a parar.

Peggy tenía otro talante. Consiguió un anexo donde vivir, justo al frente del CJC, en una especie de pequeño departamento que había en el patio de la casa de los “Chapaletas”, vecinos de la zona cuyo apodo tenía que ver con el tamaño de sus pies. Además, acordó con la mamá de mis amigos los Torres (la señora Carmen) que le hiciera la comida, cosa que no era difícil para ella que tenía experiencia en la cocina de algunos restaurantes y cuyos guisos eran alabados por muchos de sus consumidores.

Al poco tiempo aquel larguirucho negrón era una figura que gozaba de la estima de muchos. Pasaba por las veredas y saludaba a nuestras viejas, y con algunas se quedaba conversando unos breves instantes, porque aunque aprendía rápido su castellano no era el mejor. En una ocasión mi vieja (Laura) le vio que llegaba a la vereda 40 sudoroso, con cara de cansancio, y le preguntó, “¿Peggy de dónde vienes que se te ve cansado?”.

“Oh si. Vengo de los ‘palos altos’ ”, respondió.

“Será de los Palos Grandes”, le ripostó mi madre.

“Bueno es igual”, dijo Peggy y siguió su camino hacia la casa de los Torres que vivían en una de las últimas casas.

Tenía una pedagogía poco ortodoxa para la usanza actual, y en una ocasión, en el llamado “salón social” del Centro Juvenil le dio una nalgada a la “Vaca” William, que era realmente una insoria, una insignificancia.

El nalgueado se puso a llorar y Peggy le dijo, “eres un llorilón y te portas mal”.

El término de su español aprendido en la calle le devolvió la risa a William, quien salió corriendo burlándose de Peggy.

Con lo que ya estábamos en secundaria organizó un club, muy a la usanza gringa de los que la YMCA tiene en Estados Unidos y que llama Hi-Y (por high school YMCA), el nuestro era Li en lugar de Hi (por liceo). El nombre del club era “Osos”, porque entre sus integrantes había varios dormilones, entre ellos Hugo “Mochúa”, el más lirón del grupo.

Nos llevaba de paseos fuera de Caracas en una camioneta jeep que le había puesto a su disposición la embajada de Estados

Unidos. Con el grupo por primera vez fui a la Colonia Tovar, que en aquellos años 60 era un pueblito sin pretensiones de tener visitas de turistas consumistas. No había ventorrillos de fresas, moras, ni cosas tan usuales ahora en esa zona y sólo un hotel, que funcionaba la vez más reciente que fui, se asomaba en ese sector y se distinguía por tener un pequeño molino y que era cruzado por un río.

Algunos entusiastas decidimos bañarnos en aquel reducido cause que tenía un pequeño pozo cerca del hotel, pero no habíamos llevado trajes de baño. En interiores, los que nos atrevimos nos zambullimos en el pozo, pero a los pocos minutos nos salimos, porque no estábamos poniendo morados del frío. Por suerte Peggy, que es nativo de Denver, Colorado, donde hace frío parejo, tenía en la camioneta una sweters de esos universitarios que tienen una gran letra bordada, y con ellos volvimos a nuestro color natural.

También con ese club llegué por primera vez a Higuerote. Antes de llegar en la vía nos paró un policía, pero al percatarse que el gringo conducía una camioneta de la embajada estadounidense, nos dejó pasar, mientras el grupo se reía por sentir que habíamos humillado al agente. Hugo “Mochúa” se afincaba y decía “es que ese ñero (termino sesentero para indicar gafo o similar) no vio la placa que comienza con A6, como los carros oficiales”. En aquella playa Peggy se puso unas bermudas blancas con una raya roja por los laterales, vestimenta que causo la risa del grupo, pero él ni pendiente, se tendió en una hamaca, y nosotros tratamos de ahogar al “Gocho” Bustamante, miembro del club que no le era simpático a ninguno porque se trataba de un verdadero y real pájúo. Sin embargo, el “Gocho” había llevado unas chapaletas y

avanzaba más rápido, además se presentaron unas “aguamallas”. Que nos hicieron devolvernos a la orilla.

Hay muchas cosas que recordar de Peggy, quien pasó más de dos años entre nosotros, Miguel recuerda que le enseñó a ver la hora en su reloj, y que su hermana, Rosa le dijo una vez, “Peggy, tú como que eres espía”, a lo que él respondió con asombrosa sinceridad, “No, aquí no Rosa, en Turquía sí”.

Un día, igual que llegó, partió no sabemos dónde. Pero regresó y ya nosotros estábamos politizados, éramos militantes de partidos de izquierda y le reclamamos, porque sentíamos que nos había usado para hacer propaganda para los yanquis, que las muchas fotos que nos tomó en diversas partes, algunas con algunos letreros de las FALN de fondo eran para mostrar que ellos, los gringos, gozaban de la simpatía de la juventud.

Lo reconoció y se disculpó. Nos explicó que también se sintió utilizado y que ahora trabajaba para una organización pro derechos civiles en Seattle.

Creo que aquel don de gentes, aquella intención de dejarnos enseñanzas positivas, de tratarnos y tratarlo como un igual, no permitió que nuestro sarampión revolucionario nos llevase a verlo como un enemigo.

Aún, cuando logramos reunirnos algunos de aquellos viejos panas de Catia, incluso con la suma de Nancy Centeno, a quien su mamá no le daba muchas libertades para reunirse con aquella “diablada”, solemos recordar a Peggy con cariño.

Hace poco, ya en el siglo XXI de nuestra era, justo en 2008, por casualidad recibí en mi correo electrónico que uso en la empresa que trabajo, un mensaje de la Fundación Alfonso

Chico Carrasquel, que funciona en Chicago. El Chico, uno de mis ídolos infantiles me llevó a contactarme con Joe Yeicox, quien firmaba la nota.

Por la misma vía aproveché para responderle sí era aquel que había ido a la CJC de Catia, porque la foto de un señor calvo, nada tenía que ver con el recuerdo que tenía del catire gringo. En efecto era él, e incluso, vino a Venezuela, pero por cuestiones de trabajo no pude verlo personalmente, como hubiese querido, sin embargo, me dio el email de Jerry Page, y otra vez logramos contactar aquel viejo amigo, que nos pidió que le enviásemos una foto de nosotros. Nos reunimos Carmelo, Miguel y Cándido en el bar de Las Acacias, donde va gente de la UCV. Nos reunimos el 31 de diciembre de 2009, lo volvimos a recordar, nos tomamos la foto de aquel trío de canosos que Peggy conoció niños y a los días recibimos una suya con su nieta. Parece que el Peggy consiguió la fuente de la juventud, porque sólo tiene diferente los lentes, que ahora son de montura al aire. Así nos enteramos que el ahora abuelo de 72 años de edad nos lleva en el recuerdo al igual que nosotros a él.

## Capítulo VII

### La Balada del Mal Querido

Corría la década de los sesenta cuando en las emisoras radiales de mayor arraigo popular dejaban escuchar un tema, de esos llorones y rockoleros, que titularon “Mal Querido”. El brasileño Miltinho, representante amazónico en la cursilería musical y Felipe Pirela (“La Estatua que Canta” como le bautizo Fidas Danilo Escalona) se disputaban las preferencias del público en la interpretación de la cancioncita que, como cualquiera puede imaginarse, tocaba el tema de las infidelidades, de los cuernos, del desamor, cuestiones comunes en cualquier civilización, país o pueblo.

Como el tema es tan viejo y tan común, también en nuestro sector hubo infidelidad, cuernos y el apodo de “Mal Querido” para el poseedor de la cornamenta.

Manuel era su nombre. Indio por los cuatro costados, de recio pelo negro, más bien bajo. Un individuo tranquilo, nada despreciativo a la hora de brindar con cerveza o cualquier otra cosa con cierto contenido alcohólico y con chispa a la hora de contar chistes.

Trabajaba como cobrador de la Electricidad de Caracas y por esas cosas del amor y la suerte, olvidó penas y cuerno al conocer una joven agraciada, sin ser una beldad, de ojos claros, silenciosa y dispuesta a “calarse” a “Mal Querido” y su unigénito Manuelito, a quien con el paso del tiempo le bautizaron con el apodo de “Mango Verde”.

Noviazgo de gente sencilla que fue aceptada por la familia de la muchacha sin inconvenientes, puesto que Manuel era un tipo trabajador y aunque amante de los tragos, no podía calificarse de borrachín.

Por allá en nuestra zona, en aquellos tiempos, no era raro una fiesta sabatina, es mas había algunos que al llegar la noche salían de su casa trajeado y encorbatado para “colearse” en el primer bonche que encontrase, como era el caso del negro Ugueto, Suma Cum Laude en coleo en bonches sabatinos. Así pues que en la casa de familia de la modosa novia del “Mal Querido” hubo fiesta y, desde luego, Manuel era uno de los “primeros chicharrones” de la reunión donde, proliferó la música caribeña y los tragos.

Manuel movió el esqueleto como el mejor y, como el que más, también ejercito el “levantamiento de vidrio”. Un tanto excedido de tragos fue llamado por uno de sus cuñados que, considerándolo como uno más de la familia, le insto para que entrase en una de las habitaciones a dormir la curda.

El apreciado novio entró en la alcoba donde había un par de camas impecables y sin muchos miramientos se tumbó en uno de los lechos.

Ocurrió algo, según contó el mismo Manuel, que hasta le cambio el sobrenombre. Manuel, el experimentado cobrador de la electricidad, se durmió y comenzó a soñar que iba al baño a defecar. Víctima de un extraño sonambulismo se levanto de la cama y fue a desocupar sus intestinos en la cama vecina, para luego regresar a dormir en la cama que ocupaba y seguir durmiendo.

El mismo cuñado que había instado a Manuel para que durmiese la curda fue a revisar como estaba y se encontró con aquella fétida situación.

Sacudido por el hecho, al hombre se le pasó la rasca, y al salir se encontró con la futura suegra a quien le dijo, “suegra discúlpeme, que he puesto la torta”, La señora que no estaba enterada de lo ocurrido le respondió: “No importa mijo, cualquiera se pasa de trago”. Pero segundos después al entrar al cuarto y darse cuenta de lo ocurrido lo llamó: “¡Manuel! Usted no puso la torta, sino la cagada”.

A partir de aquel hecho al “Mal Querido” le cambiaron el apodo por “Mal Cagao”, pero aquel dislate no fue obstáculo para que se desposara y fuera feliz con la silenciosa muchacha de ojos claros.



El equipo de baloncesto del Centro Juvenil de Catia

## Capítulo VIII

### Redoblón, el Poderoso

Consecuencia de la carrera de carritos conocí a “Redoblón el Poderoso” Raúl, quien para todo el grupo, era figura principalísima, puesto que tenía una sierra de cinta y disposición para cortar las maderas que sirven de chasis para las naves, que aún de vez en cuando, corren en alguna avenida caraqueña.

El apodo de Redoblón nada tenía que ver con “redoblonas”, o sea, aquellas acometidas sexuales contra cualquiera que la permitiera, sino con la visita de un par de muchachos carupaneros que, al igual que el grupito de siempre, querían cortar una plancha de madera para fabricar su carrito. Los carupaneros, poco educados y de hablar atropellado le pidieron a Raúl que les hiciera el corte, a lo que este respondió, colocándose la mano sobre el pabellón de la oreja como para oír mejor:

—¿Cómo es la cosa? ¿Quién quiere qué? Ah, es que ustedes son hijos de “Redoblón el Poderoso” y hay que cumplir sus órdenes.

El resto de los muchachos, en vista de la situación, comenzaron a soltar risitas burlonas ante el par de orientales que habían quedado mudos.

Al rato Raúl le cortó la tabla y le entregó la plancha, que fue sacada por el par de orientales silenciosos, hasta sin agradecer el trabajito.

Pero aquella frase dicha por Raúl lo bautizó y a partir de ese momento su nombre variaba entre Raúl, Raulón o Redoblón, todo esto dependiendo del estado de ánimo que tuviese o de la cantidad de cervezas o cualquier otra “bebida espirituosa” que se hubiese tomado, porque con la ingesta alcohólica su tradicional y apaciguada personalidad cambiaba radicalmente y se tornaba peleón y violento.

En una ocasión uno del grupo, Freddy, en aquel momento titiritero desahuciado y trajinador por necesidad, posteriormente actor y director de novelas, vio llegar a Raúl a la esquina de la calle Quinta con un cigarrillo encendido entre los labios y sin mediar palabra le arrebató el cigarrillo y comenzó a fumarlo.

Raulón, en silencio giró sobre sus talones y regresó a su casa para volver unos minutos más tarde trayendo en una mano una hacha de carnicero y en la otra un largo cuchillo que lanzó en los pies de Freddy gritándole: “En guardia coño e’ madre que vengo a matarte.”

Freddy, a quien apodaban “El Chueco”, un zagaletón flaco y de largas piernas, al ver a Raúl con aquella hacha en la mano arrancó a correr, mientras el resto, unos cinco o seis muchachos más, apaciguamos a Redoblón y lo llevamos a su casa. Al siguiente día, envueltos en unas hojas de periódicos le devolvimos su armamento y le encontramos tremendamente apenado, con un ratón moral a cuesta y pidiendo disculpas por su actuación de la noche anterior.

Y es que Redoblón era un hombre muy educado, que solía pedir las cosas por favor, un autodidacto que podía leer libros técnicos en alemán, dispuesto a ayudar a quien se lo pidiera,

tal fue el caso que a la puerta de su casa, por cierto llamada Suecia, la cual estaba sombreada por las ramas de un grueso eucalipto, llegó un borrachito, uno de esos con el cabello mugriento y la ropa hecha asco, solicitándole algo de comida o cualquier cosa que le pudiese dar.

—Tenga la bondad, espere un minuto—fue la respuesta de Raúl—y se dirigió a la cocina para complacer las necesidades de su prójimo en difícil situación.

El curdito que se había quedado en el umbral de la puerta entró a la casa y vio en uno de las habitaciones una cama tan inmaculadamente blanca que parecía cuña de detergente y sin pensarlo mucho, con sus zapatos, su sacó y sus hedores se acostó a dormir.

Redoblón regresó de la cocina con una escudilla de sopa caliente y un pan, pero al asomarse a la puerta no vio al borrachito por ninguna parte, pero al entrar de nuevo se percató que el pordiosero estaba plácidamente dormido en su cama.

—Por favor señor—le decía—levántese de mi cama.

Mientras el curdito respondía con bufidos y se arrellanaba como si estuviese en su propio lecho.

Después de varios educados intentos, Raúl nos fue a buscar en la esquina de los Martínez, donde solíamos reunirnos. Tres o cuatro de nosotros fuimos a la casa de Raulón y al ver aquella escena no podíamos contener la risa.

—Por favor—exclamaba Raúl—está en una situación muy problemática para mí.

Con cuatro gritos y un par de palazos en el trasero el borrachito se levantó de la cama y salió de la casa dejando la cama, también como cuña de detergente, pero antes de usarlo.

Sin embargo, cuando era momento de celebración por algún trabajo cumplido o un pago concretado, Redoblón visitaba algún bar de las cercanías y luego de algunos rones o cerveza, dejaba salir al “Lobo Estepario” o a “Mister Hide”.

“Yo no estoy con esas pajas de tira el jab, tira el jab. Yo agarro y parto”, decía con aire pendenciero, aunque nunca nadie le respondió.

Otra de sus costumbres, como se había divorciado y vivía solo, era llevarse a una de las profesionales del sexo del lugar, e incluso, con ella misma, luego de un primer round, mandar a buscar a otra, para una tanda adicional.

En realidad Raulón tenía una fuerza descomunal. Era bajo, un tanto cuadrado sin ser gordo, y los antebrazos los tenía fuertes y gruesos como los de “Popeye”.

Con un punzón podía atravesar una plancha de madera, de aquellas con las que hacíamos los carritos YMCA, y exclamaba:

“Tengo la fuerza de un animal....Puro jarabe de rábano yodado.”

En su oficio de fotograbador, Redoblón solía usar ayudantes para lo cual no se necesitaba estudios profundos sobre el tema y especial técnica, sino seguir las instrucciones del jefe. Uno de ellos, Eduardo, era apodado “Martes 13” porque tenía fama de pavoso. Según Raúl, el hombre se desconectaba de todo y

quedaba como en el limbo, hasta que le gritaban “pantaleta”, a lo cual despertaba de golpe preguntando: ¿Donde? ¿Dónde?

También Freddy “El Chueco”, representante local en la farándula nacional, fue auxiliar de Raúl. Ambos, amantes de la buena mesa, solían laborar juntos en la preparación de grandes comilonas a los que ellos llamaban “vikingas”, porque ambos a la hora de devorar, realmente semejaban a un par de piratas nórdicos.

Freddy, pese a tener con Raulón categoría de mano de obra no calificada, mantenía su condición de bohemio y de vez en cuando solía presentarse a la casa-taller de su jefe con curdas de pronósticos reservados. En una de esas peas “El Chueco” se quedó dormido en el suelo, entre listones de madera y atrancando la puerta con su cuerpo. Raúl que regresaba de la calle acompañado por su inefable amigo Miguelillo, abrió la puerta pero debió empujar con fuerza para dejar un espacio pequeño por donde pasar.

Al atravesar el umbral, con su sorna característica, dijo a Miguel.

—Cuidado Miguelillo, no vaya a ser que despertemos al gerente de Ovenauf.

Ovenauf era el nombre de la empresa de Raúl, desde luego, vocablo alemán de significado desconocido para todos y cuando se le preguntaba por qué no le cambiaba el nombre, no lo tomaba de la mejor manera y solía responder.

“¿Qué quieres que le ponga, Guaicaipuro? ¡Claro! Porque ese cacique sabía mucho de fotograbado en metal.

La relación laboral entre “Redoblón” y “El Chueco” no fue de muy larga duración. Se presentó una discusión que, realmente, sería una buena pieza del ejemplo de confrontación entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Raúl le hizo una reclamación a Freddy por su falta de interés en la producción y le interrogó que le pasaba.

—Lo mío—respondió Freddy con voz de barítono-bajo—es el arte.

—Lo mío—ripostó Raúl—es la producción, producción en serie, así que puedes irte con tu arte a otra parte.

Así perdió su cargo de “Gerente de Ovenauf” y se fue a reca- lar en la burocracia de Radio Nacional, donde había un equi- po de radionovelas que tenía el rimbombante nombre de “De- partamento de Creatividad”. Posteriormente estuvo en Radio Rumbos en una “producción dramática” donde “encarnaba” a un robot cuyo parlamento se reducía a decir “boing-boing”.

Con el paso del tiempo, la mayoría de nuestro grupo se fue vinculando a la política, más por querer algo mejor para el país que por firme conocimiento de los planteamientos mar- xistas-leninistas-trotskistas-maoístas-guevaristas o similares.

Raulón sudaba mares cuando varios de nosotros nos reu- níamos en su casa y hacíamos críticas al gobierno, porque pensaba que de un momento a otro iba a llegar la policía. Y es que Redoblón era un hombre demócrata, incluso cuando debía cumplir con “el sagrado deber del voto” sacaba su cha- queta de vestir, corbata y sombrero (tirolés desde luego) y se colocaba en la fila de votantes de la escuela Parroquial Santa Teresita del Niño Jesús.

También el dolor físico era algo que descentraba a Raúl quien, en una ocasión y consecuencia de una buena cantidad de cervezas, se cayó y se dio en las costillas con un escalón.

Adolorido recaló en la casa de Miguel a quien le decía:

“Miguelillo estoy muy mal, creo que estoy respirando un cuarto de mi capacidad pulmonar.”

Miguel buscó a “Chichí” Mújica, aventajado estudiante de medicina, para que le auscultase.

--Es un golpe sin mayores consecuencias—determinó el galeño en ciernes y de inmediato Raúl dejó de sudar frío y regresó a su normalidad.

Era esa normalidad y esa lógica de Raulón una de las cosas que nos hacía disfrutar de su compañía porque su análisis tenía una contundencia telúrica irreprochable. Por ejemplo, en una oportunidad observó cómo un vecino se dirigía hacia un poste de alumbrado eléctrico para imitarle y robarse la luz, pero en lugar de una vara de madera, este llevaba una larga cabilla.

Cuando iba a iniciar la acción Raúl le dijo:

“Aníbal, por favor, baja esa cabilla, porque puedes morir electrocutado”

Cuando el hombre detuvo su accionar, Raulón le gritó.

“Animal, como se te ocurre tocar un cable de alta tensión con un hierro”.

También a Miguel, “self-man” de la mecánica en su Volk Wagen, le hizo una breve acotación cuando este se encontraba

debajo de su cacharra y ayudado por su hermano Carmelo y “La Vaca” William, intentaban colocarle el motor.

—Miguelillo—dijo Raúl acercándose al carro—sal de ahí porque vas a morir triturado.

Cuando Miguel salió les dijo: “Ustedes son los tres chiflados de la mecánica, para hacer cada cosa hay que tener un sistema”.

De vez en cuando íbamos al cine en grupo y nos reíamos de las películas de karate y sus golpes, como también de la lógica apabullante de Redoblón, como en la ocasión que vimos en el cine “Pérez Bonalde”, un filme que dejaba entrever que la ciudad sagrada de Machu Pichu, en Perú, fue construida por extraterrestres.

—Está muy bien. Vamos a imaginarnos que yo soy el capitán X-4 que viene en su nave desde Alfa Centauro, con mi escafandra y mi tecnología. ¿Tú crees que voy hacer ese viaje para llegar a Perú a cargarle unos peñones a esos indios? Esas son pajas, esos indiecitos, coca mediante, montaron sus peñones y su tinglado inca sin ninguna ayuda extraterrestre.

Otro tema del que nos gustaba conversar con Raulón era La Biblia, porque sin requerir a ningún método de análisis vinculado al “materialismo histórico” o algo por el estilo, derrumbaba los postulados bíblicos.

—Los judíos no saben nada. Según ellos, Dios les dijo que la tierra prometida era de ellos y que podían sacar, sin aviso y sin protesta, a los árabes. ¿Cómo es eso? ¿Por qué no les dio otra tierra donde no hubiese nadie, si la tierra estaba, prácticamente, despoblada?

—Los Romanos—acotaba—eran gente práctica y sobre la base de la lógica escribieron sus leyes y por eso cuando alguien incurría en apropiación indebida de un bien el juez señalaba, “mire mi amigo usted tiene que devolverle la oveja a su vecino, porque de lo contrario se lo echamos a los leones.”

Al pasar los años, por razones de trabajo, debí viajar a Bolivia (El Alto Perú, antes de la jugada de Bolívar a San Martín) y abatido por el “soroche” (mal de páramo) recordé a Redoblón al observar como un par de diminutos indígenas que llevaban, sin la menos muestra de esfuerzo, enormes bultos mayores y más pesados que ellos mismos. Puedo dar fe que un par de ellos llevaba cada uno dos televisores, en sus cajas uno sobre otro, con una cinta atada a la frente que se los mantenía. No me quedaron dudas que sus antecesores pudieron cargar los peñones de Machu Pichu sin ayuda extraterrestre.

Pero en una oportunidad, la lógica de Raúl falló y un policía que tenía como inquilino se adueñó de su casa y aquel hombre, de mente brillante, quedó en la calle. En algunos momentos se reunía con borrachitos y pedía dinero a los amigos que comenzaron a evitarlo.

La última vez que le vi estaba flaco, con el cabello raleando y canoso, sin aquel vigor de antaño que le ofrecía el famoso “jarabe de rábano yodado”, caminaba como perdido entre la gente por una de las callejuelas de El Silencio.

Me pareció que a Catia y quizás al país entero, le había caído una especie de cruel embrujo que afeaba y destruía hasta sus mejores personas.



Gustavo Gil y Teodoro Obregón, amigos incondicionales del CJC.

## Capítulo IX

### Personajes

Quizás muchos de los que integramos nuestra generación no recuerdan al “Bobo” José. Era un hombre gordo, de bigotes, seguramente con alguna disfunción mental, que pululaba cerca de aquellos locales del desaparecido Banco Obrero, muy cerca de la subida hacia las Lomas de Urdaneta. A veces se paraba en la entrada de los bloquecitos, cerca de la bodega de “Peruco”, el papá de “Cachetín”; cuando le dejaban se unía a cualquier grupo y reía con los chistes, y muchas veces fue víctima de esos chistes y esos grupos, de los cuales salía gimoteando y temeroso de que alguno pudiese hacerle un daño mayor. Un día lo dejamos de ver y nadie reparó en aquello, quien sabe qué sería de aquel hombre que mereció más cariño y apoyo de nosotros, que no supimos entender que su condición no era para burla, ni para ofensas, Ojalá haya sido mejor recibido y tratado donde llegó.

“Ojo de Águila” fue el mote que le pusieron en el cuartel Urdaneta; antes, cuando trabajaba de caletero, le decían “Músculo”. Para todos era Guevara. Un negro alto y flaco que vivió en la vereda 41 y que se encargaba del estadio de beisbol de aquella instalación militar. De vez en cuando íbamos a ver juegos de la categoría “A” (ascenso también le decían), en torneo en los que participaba el equipo Protinal y la Marina Dipper. La tribuna no era muy grande y pocas veces se llenaba, pero mantenía una cierta clientela los fines de semana, porque

el resto de los días era para los soldados. Cuando nos sentábamos en los tubos en lo que finalizaba las gradas, con una cerveza en la mano y voz gruesa nos decía: “hey, hey, abajo paga lo mismo”. Para darnos a entender que allí estábamos gratis y que si nos caímos de aquella altura, posiblemente no lo contaríamos. Tenía muchos hijos, algunos amigos nuestro, como Oscar “Foca”, Marcos, “Rabo”, Carlos, “Ñño”, todos tenían que ayudar a la hora de trabajar en el estadio. Uno recogía piedras, otro ayudaba a cortar la grama, cada uno tenía algo que hacer, y él supervisaba. Decían que había perdido un ojo porque le cayó cal cuando marcaba las rayas del terreno, nunca lo supe a ciencia cierta. La mayoría de sus hijos jugaba pelota y lo hacían bien, “Rabo”, que era zurdo, era un inicialita de postín, además de seguro bateador, pero padecía de asma y no era mucho lo que podía correr. Marco jugaba en cualquier posición y lo hacía bien. Aquellos muchachos, junto con los Martínez, Manolo el “asmático” y otros se integraron en un equipo que patrocinaba el cuartel y “Foca” era el manager. Aquel equipito infantil tenía el respaldo de la gente, que los animaba cuando les correspondía jugar en “su” estadio.

“Ñño”, uno de los menores, años después, estuvo en un equipo que formó el “Chino” Luis y que llamó Montreal. Era el pitcher cabecera y, desde el montículo, tapándose la boca con el guante se reía de los contrarios, que difícilmente le podían batear aquella meteórica recta. Creció, y como otros, cayó en las drogas. Lo mataron a tiros en la entrada del ambulatorio que había al frente de la vereda 39. Guevara, al poco tiempo murió.

Miguel, en algunas ocasiones que nos hemos reunido ha recordado al “Llanero”, un tipo más bien bajo, fuerte, que em-

pinaba el codo y que solía cortar la grama, trabajar de jardinero o de otras cosas que le permitían mantenerse. Tenía una cicatriz en la región occipital, quizás consecuencia de algún accidente u operación que lo dejó medio loco. No recuerdo con exactitud el detalle, pero alguien, mientras trabajaba en uno de los jardines de las veredas, trató de sacarle del bolsillo trasero el pañuelo con el que se secaba el sudor y aquel tipo lanzó hacia atrás el pico con el que trabajaba, que le pasó silbando al jodedor que le hacía la broma. Como llanero le gustaba cantar coplas, con una voz de esas destempladas de canto que llaman “recio” (no sé el porqué de la denominación). Estaba trabajando en el jardín de la casa donde yo viví, y al “Llanero” le gustó mi hermana la menor, por cierto la de más agilidad mental y disposición para la joda. Ella se asomó al jardín, donde había una mata de almendrón, umbroso y ladilla por su alta producción de hojarasca, el “Llanero” sorprendido le dijo, “ay me asustó”, a lo que mi hermana le respondió, “y que podría decir yo”. Decían que vivía en un rancho que había levantado en el cerro El Amparo, en un sector que llamaban El Cañaveral. También, sin aviso, lo dejamos de ver.

Quizás fue para nosotros una ventaja habernos criado en un sitio que, en algunos trechos, presentaba fajas de tierra que servían para jugar trompo, metras, pelotica de goma y hasta de ring de boxeo y campo de batalla. Era una de nuestras diversiones las batallas con tirachapas y también con “bombas de tierra”. En una ocasión, Miguel y yo estábamos trepados en uno de los árboles que bordeaba la acera que, a su vez, rodeaba las veredas. Ambos estábamos armados con sendas “bombas de tierra”, bolsas de papel llenas hasta el tope de tierra y cazando a un blanco merecedor de aquel “ataque aéreo”. Miguel me dijo, “allá vienen los “Morochos Borrachos”

a ellos”. Estuvimos de acuerdo, y esperamos que se acercasen aquel par de botelleros con sus grandes sacos cargados, que llevaban aquel cargamento de vidrio para venderlo y preocuparse la “carterita” del día. Cuando estuvieron a tiro lanzamos los proyectiles, pero resulta que no eran nuestros esperados “Morochos Borrachos”, sino dos individuos que no conocíamos. Nos tiramos de aquel árbol, con peligro de quebrarnos una pata, pero por fortuna no nos pasó nada, y seguimos la veloz carrera hasta la calle Quinta y enfilamos para la vereda 36, dónde vivía “Redoblón el Poderoso”. Allí, bajo la sombra de un grueso eucalipto descansamos entre carcajadas por el fallo “técnico”.

“Brígida Caracol”, era una mujer ya entrada en edad, que iba al cuartel Urdaneta y, al igual que muchos de los más pobres de los alrededores, recibía las sobras del “rancho” de la tropa. Siempre usaba unos amplios faldones que le servían para ocultar sus partes íntimas, cuando se agachaba a defecar, generalmente en “nuestro” terreno de pelotica de goma, entre las vereda 39 y la calle Quinta. Desde luego, eso la acarreaaba ser el blanco de una lluvia de piedras, pero tenía la suerte que nunca le atinamos de lleno. A veces, cuando iba caminando hacia el cuartel, “Morochos” José Luis la sorprendía y la agarraba del cabello, “suéltame coño e mai”, gritaba con dejo andino.

## Capítulo X

### Vamos a Contar Mentiras

Fantasia.

¿No es la fantasía esa intangible condición mental que ha producido grandes obras de la literatura, el cine, etc.?

Por aquí, por Catia, ha habido grandes cuenteros, artistas de lo fantástico, contumaces mentirosos que nos hacían reír con sus narraciones contadas con seriedad pasmosa.

“Capitán Billy” era uno de esos. Se creía algo como “El Investigador Submarino” (serie de la TV estadounidense con Lloyd Bridges) y por ello se había ganado el remoquete de “el hombre que llegó a la luna por debajo del agua.”

En verdad era buzo y trabajaba en el INOS (hidro cualquier cosa, ahora).

Una de las anécdotas que escuchamos de voz del propio “Billy”, era la del enfrentamiento en aguas caribeñas con un feroz tiburón que le atacó y al que debió esquivar en el primer intento.

—Tome mi arpón—proseguía—y le apunté cuidadosamente. Cuando el animalón se me venía encima disparé, pero aquel tiburón parecía dotado de inteligencia y esquivo el arponazo. Pensé huir hacia la superficie, pero otra vez aquel gigante marino volvió al ataque. Saque mi cuchillo y aguardé la nueva

embestida, cuando el escualo trató de morderme la mano derecha, le lancé un poderoso gancho de izquierda y lo conecté en la mandíbula, en el propio “swiche”. El bicho, totalmente knockout cayó al fondo del mar, mientras yo subí a la superficie en busca de la lancha.

“Capitán Billy” en realidad se llamaba Ibrahim Gómez y era hermano de “Redoblón el Poderoso”, con quien no tenía muy buenas migas, solía fumar cigarrillos marca Continental, de hediondo tabaco negro y era pichirre con los cigarrillos, cuando alguien le pedía decía: “son cigarrillos submarinos que no se pueden fumar en la superficie.”

Otro “cuanta-cuentos” era José, un guaireño fibroso, de liso pelo, quien pese al viento frío que, de tarde en tarde, bajaba de El Junquito, siempre salía de su casa en camiseta y a quien veía cubierto de un sweater o chaqueta, le decía:

“Estas débir” (débil).

Contaba José que en su Guaira natal, en sus tiempos juveniles, solía sentarse en Punta de Mulatos a ver los peces saltar del agua.

—Había—aseguraba—hasta peces espada que, en parejas, saltaban alto, muy alto y que, como sablistas, cruzaban sus largos y agudos picos, para luego caer al agua.

También nos decía que en los cerros de Naiguatá vivía un ave que le llamaban el “Pájaro Pelo-Pelo”, que los calvos buscaban para matarlos y rociarse el cráneo con su sangre.

—Cuando bajaban del cerro—aseveraba—llevaban melenas como los Beatles.

Entre sus cuentos destacaba el de un individuo a quien le había prohibido el acceso a los lenocinios del litoral central, a causa del enorme tamaño de su pene y a las consecuencias que producía entre las profesionales del sexo.

—Las ponía dirertas (directas).

Esto significaba que las penetraba por vía vaginal y el glande se le asomaba por la zona rectal.

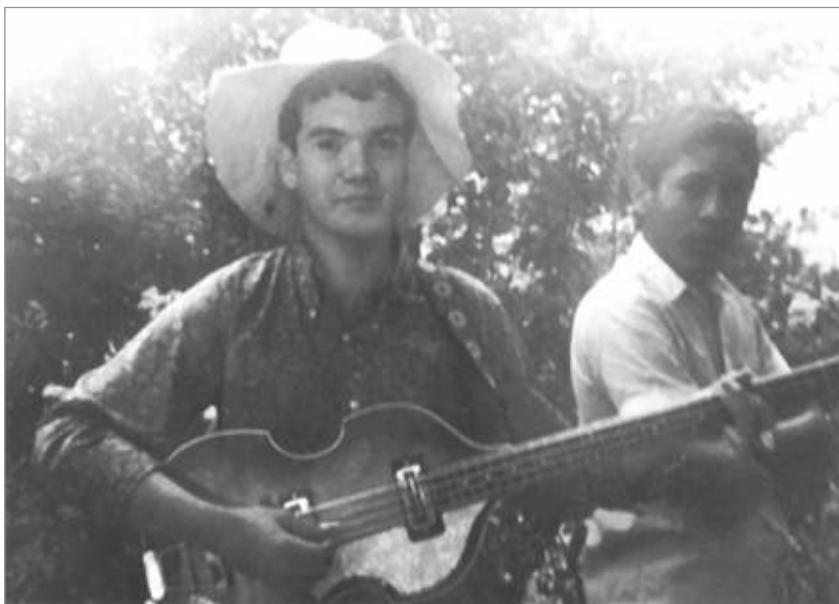
Nos reíamos y le decíamos que era imposible, pero él insistía que lo había visto con sus propios ojos.

En una de las veredas cercanas al Centro Juvenil vivía el viejo Pedro, otro connotado cuentero.

En una ocasión se produjo la explosión de un transformador de la luz eléctrica y el consiguiente apagón. Al volver el fluido eléctrico, Pedro se acercó al grupo para dejar escuchar su versión de lo ocurrido.

—Yo estaba en la platabanda de mi casa cuando una nave espacial, pequeña como de dos metros de largo, chocó con uno de los cables y se vio obligada a aterrizar en mi techo, Yo bajé rápidamente a buscar la morocha (en verdad tenía una escopeta de dos cañones). Cuando volví pude ver a tres hombrecitos, como del tamaño de un niño de dos o tres años, igualitos a los humanos, pero de un color verdoso. Se sorprendieron al verme armado y me pidieron que no disparara, que perdonara la molestia y que se iban de inmediato.

—Así fue, rápidamente se subieron a su nave espacial y se elevaron a una velocidad sorprendente. Justo cuando despegaron, llegó la luz.



El autor, en tiempos de rock, estrenaba un bajo hoffner.

## Capítulo XI

### El disco que nunca grabamos

Éramos, como decía el tema de un efímero cantante a quien llamaban Johnny Tedesco, “Unos chicos que como yo, querían ser Beatle o Rolling Stone”.

Teníamos un grupo de rock, que en principio lo componíamos tres muchachos y una muchacha. Moraima. Una morena de melena por los hombros, delgada, ojos oscuros que le brillaban cuando rabiaba, porque ella, además de tocar bien la guitarra, tenía un carácter fuerte al punto que apabullaba a Henry, el guitarrista líder. Otro problema que nos acarrearaba la situación era que dos de nosotros, Luís y yo, Alexander, gustábamos de unos buenos tragos y de la posibilidad de levantar a una muchacha durante los toques. Después y por nuestra influencia, también Henry se aficionó a tocarse con curda y rebuscar alguna “perrita”. Pero ante la presencia de Moraima, quien siempre iba acompañada de una de sus hermanas, nos sentíamos coartados y cortados, pero inventábamos alguna salida y echábamos mano a nuestra condición de “artista” que, en ocasiones, funcionaba.

Henry era un verdadero “zanahoria”, aprendió a fumar en los baños del Colegio Calasanz, pero nunca había tomado un trago. La primera vez que compartió con nosotros en el bar de Luigi, un local de parroquianos que quedaba cerca de la bomba Brasil, justo al frente de la casa de los cuatrillizos que le llamaban “Los Cuatricentenarios”, porque habían nacido en

el año de los 400 años de fundación de Caracas; con el único vaso de cerveza que se tomó salió dando tumbos para su casa que quedaba en la vereda 25 de la Urbanización Urdaneta de Catia, donde todos vivíamos. El primer “levante” que le conocimos fue una vez que tocamos en la concha acústica del Parque del Este, es decir, era del “target” de las chicas que suelen coincidir con los concriptos que visitan el verdor de la zona, tetona y feona, pero era algo para comenzar. Nunca le criticamos cuando regresó con picardía en la mirada, tampoco se lo aplaudimos, lo dejamos pasar como algo normal.

En principio, nuestro sitio de ensayo era el patio de la casa de Moraima. Un espacio suficientemente amplio que impedía que nuestro sonido molestara mucho a la gente. Además, podíamos dejar los instrumentos, que no eran muchos, ni muy buenos, en un sitio cubierto del mismo espacio.

Moraima tenía una guitarra Silverstone, que venía en un estuche que, a la vez, tenía un pequeño amplificador. Era cómoda, muy amateur, pero sonaba. Henry no tenía guitarra eléctrica y tenía que pedir prestada una similar a la de Moraima a un amigo. El bajo que yo tenía era de fabricación casera, pesado como un matrimonio obligado y sonaba tan fuerte, que pocas cornetas lo aguantaban, pero el hermano de Moraima consiguió un amplificador sin marca, grande y feo, que resolvía el problema, La batería de Luís tenía bombo, redoblante, un platillo “charleston” y otro pequeño. Con lo que teníamos sonábamos y fuimos haciendo un repertorio de temas fusilados de conjuntos extranjeros y nacionales.

En uno de los ensayos en el patio de la casa de Moraima, en la vereda once, Henry se equivocó en algo, un acorde o una entrada, no recuerdo, y como ya se iba haciendo costumbre

nuestra compañera guitarrista melódica le lanzó una reprimenda bastante cargada y hasta burlona.

Al terminar aquel ensayo íbamos cerca de la iglesia Santa Teresita cuando nuestro guitarrista líder, con los ojos aguados, nos dijo al Chino y a mi: “No voy a seguir en el grupo, no me la calo mas. Moraima me tiene perreo”.

Coincidimos en que Henry tenía razón y no era problema de machismo.

El cuarteto, por el incidente de la dominante dama con el negrito Henry fue determinante en nuestra conversión en trío. La mayoría decidió y dejamos a Moraima y nos quedamos con Henry. Y lo hicimos no por machismo o algo por el estilo, sino porque, sin ser unos malandros, teníamos más calle y, sin decirlo, coincidimos en que era más fácil aleccionar al negrito que a la Mora y su carácter.

Como “The Who”, nos dijimos. Solo que las jornadas de ensayo se quedarían sin local, pero llegamos a la conclusión que nos turnaríamos las casas cada sábado, con la intención de no ladillar con nuestra música a nuestros familiares que lo veían como un hobby.

Además, contábamos con el apartamento de “Pan Duro”, nuestro “mecánico de sonido”, cuyas manos hábiles empataban cables y ayudaban en todo, además de acompañarnos en las fiestas y, como un integrante más, también tiraba el anzuelo y empinaba el codo.

Armando, como es su verdadero nombre, tenía una melena alborotada que le llegaba a los hombros, una complexión atlética y una cara que no ganaría un concurso de belleza, incluso, en

algunas ocasiones, y a manera de broma, exageraba algo más la cara de loco y se le acercaba a las muchachas que salían del liceo Andrés Eloy Blanco, y les preguntaba, ¿Te acompaño? Y nunca ninguna se atrevió a decir que no.

El cuarto era una rareza, porque con su ingenio había inventado una especie de doble techo donde él y dos de sus hermanos colocaban sus colchones para dormir y subían y bajaban por una escalera de rampa, que se subía y cerraba, con lo que el espacio de la habitación era total. Solo afiches de estrellas del rock adornaban las paredes.

Ensayo y toque eran la regla de los fines de semana.

En una ocasión se presentó a uno de los ensayos un árabe, palestino para más señas, que nos hizo una proposición de tocar en el Club Palestino, que quedaba por El Paraíso y que nos pagarían y tendríamos “bar abierto”. Para nuestra sorpresa los chamos árabes llenaban la pista de baila con cada set, incluso algunos se acercaban a hablar con nosotros. Uno de ellos, cuyo nombre era Ameh, era una especie de líder de los muchachos, pero le molestaba que lo llamaran por su nombre árabe, le gustaba que le dijeran Carlos.

Terminó el toque y, fiel a su palabra, el contratista me pagó y, además, me regaló un libro “El Problema Palestino”, que en mala hora presté y que nunca pude leer para empaparirme de la guerra más larga de todos los mundos.

Fuimos avanzando y con el dinero del toque le compramos a “Los Cuervos”, otro grupo de la zona, un amplificador y un bajo Edmong liviano, pero que al poco tiempo el diapasón se le comenzó a arquear y por ello desafinaba.

El “Chino” Luís tocaba la batería y era quien cantaba mejor, tenía una voz atenorada, pero tenía un problema, solo sabía decir en inglés “pen” y “pencil”. Por su parte Henry, de gruesa voz abaritonada, cantaba afinado y dominaba bastante bien el inglés, cosa que era “imprescindible” en los grupos de esa época. Yo, tocaba el bajo y, generalmente, era la segunda voz, porque no tenía problemas con cantar en el tono más alto o falsete.

Ya nuestros familiares estaban cansados de nuestra música (o nuestro ruido) y “Pan Duro” salió al rescate y nos puso a la orden su apartamento. Estábamos en pleno ensayo cuando su tío, un negrón fornido, se asomó a la puerta de la habitación, por cierto acondicionada para bonches con luz negra y estroboscópica, y se quejó de la bulla que no lo dejaba dormir. Se trenzaron en una pelea digna de una película de vaqueros, incluso salió a relucir un hacha y ambos aferrados por las muñecas forcejeaban en el vano de la puerta. Nosotros asustados nos asomamos por la ventana con la idea de saltar, pero era muy alto. Por suerte en el forcejeo dejaron libre un resquicio y como rayos salimos corriendo hasta la planta baja. A los pocos minutos el tío salió vestido con traje y sombrero del apartamento y nunca más regreso.

Nuestra condición no nos permitía tener instrumentos de calidad sobresaliente y, nuestro mayor problema eran los amplificadores, que eran muy caros para nuestras posibilidades. Así que siempre estábamos con algo prestado. Pero llegó un chiflado que quería ser nuestro representante, que tenía unas hermanas bellísimas, sobre todo la mayor, que era más o menos de nuestra edad y que todos queríamos “echarle el diente”, aunque tenía un novio pajúo que no la dejaba sola ni un minuto, y que además nos prestaba la casa para ensayar.

Como trabajaba en una publicidad (Fornari) nos consiguió grabar una cuña, ¡una cuña!

Tuvimos que recurrir, nuevamente, a otro grupo amigo que nos prestó lo que requeríamos para participar en la promoción de un producto para adolescentes: Clearasil.

Henry propuso un tema fusilado a la orquesta “Barkays” (Soul Finger) para acompañar la cuña, a mi me gustaba más, porque era más festiva, una canción: “A little bite of soul”, que realmente nos sonaba mejor y permitía un mejor lucimiento de Luis en la batería.

Pero se impuso la proposición del negrito y entramos al estudio a grabar. Mi bajo era un Egmond bastante traqueado que se solía desafinar. Por suerte uno de los técnicos tenía un Hofner y me lo prestó. Terminamos la música y Henry le dio al encargado del estudio que ahora le íbamos a montar las voces. El hombre con cara de extrañeza le dijo: “no mijo, esto tiene que ser instrumental”. Aproveché para replicar que mejor hubiésemos grabado el tema que había propuesto, pero ya no había tiempo, y nos dispusimos para tal fin, pero el director nos dijo que no había tiempo, que arrancábamos así.

La vaina era fastidiosa hasta más no poder. En el estudio había una presunta fiesta, en la cual había una muchacha a quien nadie le paraba un milímetro porque tenía un barro en la mejilla.

En verdad os digo, como suelen escribir en la Biblia, la catirota era tan bonita que a nadie le hubiese importado el barrito de la mejilla, que tuviese horquetillas en el pelo, o que tuviese mal aliento.

La muchachota se nos acercó porque ella también tenía un grupo musical de mujeres (Las Aves Tronadoras) y comentamos de música.

El galán del aviso publicitario era un tipito con aspecto de pendejo, de office boy de banco, que en la realidad real, no hubiese levantado a la catira ni con la chequera de Bill Gates.

Estuvimos más de ocho horas en uno de los estudios de Bolívar Films, porque no había llegado la era del video y la cosa era película de 16 mm. Y a cada momento gritaban corte, y nos colocaban de otra manera, nos pedían que nos quedáramos quietos en el sitio que nos marcaron, que a la rubia había que secarle el sudor, que el resto de los extras tenían que moverse más. En verdad la jornada fue agotadora.

Lo bueno vino después. Nos pagaron, y “gordo”, 1.500 bolívares por el tema musical y 114 a cada uno por el “modelaje”.

Pudimos comprarle al hermano del “Chino” una guitarra Klira roja, como forrada en cuero con el diapasón de color madera de pino, toda una belleza, un segundo amplificador (un Dynacord para el bajo mío), además un tan tán para la batería, unos cueros Rogers, y yo vendí el bajo viejo y pude completar para comprarme un Hofner, “igualito al de Paul McCartney”. La economía nacional aun no había tenido la desventura de conocer el “viernes negro” del 83.

La mejoría del grupo, por lo menos en intensidad de sonido, era notable.

Además, nuestro representante, quien era ilustrador de publicidad donde trabajaba, pintó el cuero anterior del bombo con

unos rayones “psicodélicos” y se podía leer en letras doradas “Loving Words”.

En una ocasión nos invitaron a tocar en un club, para complementar un grupo de salsa que animaba la fiesta. Nos fue mejor de lo que esperábamos porque “Panduro”, sin querer queriendo cuando recogió los instrumentos incluyó un platillo de la timbaleta de la orquesta de salsa. Así que el sonido aumentaba.

Al poco tiempo nos invitaron para una fiesta en un apartamento del 23 de Enero que tenía una sala grande como una cancha de fútbol. Sonamos y la cosa gusto, incluso un cantante de otro grupo que estaba en el bonche nos celebraba y bailaba a rabiar. Es que sin ser unos virtuosos, teníamos “swing”, “feeling” y eso suele ser algo importante en cualquier expresión musical.

En aquella fiesta nos colocaron un amplificador adicional para las voces y la cosa estuvo mejor aun. Pero ocurrió algo que no nos gustó. En uno de los rincones de aquella sala oscura unos tipos estaban consumiendo drogas.

“Vámonos pana” dijo el “Chino” Luis, “porque si allanan esta vaina nos meten presos y perdemos los instrumentos. Mejor evitemos vainas y arranquemos”, añadió y, además, recordó la vez que fuimos a la Insolite (una discoteca rockera que quedaba en El Rosal) donde le encontraron drogas a uno de los integrantes de un grupo curazoleño, Los Honda, que sonaba de pinga y que, en consecuencia, los sacaron del país.

Yo le dije al dueño del bonche que teníamos otro compromiso. La gente protestó, nos pidió otra, la complacimos y nos fuimos. De salida, uno de los chamos, Moisés, que solía colearse con

el grupo en las fiestas, por indicación mía cargo el amplificador para voces que nos había prestado (un Premier), y como creía que era nuestro, con la mayor naturalidad del mundo cruzó la sala rumbo al ascensor con el aparato al hombro. “Panduro”, siempre mosca, alcanzó a Moisés, le quito el amplificador y de una sola carrera fue a parar a los bloquitos de Urdaneta donde vivía.

Al siguiente día, temprano en la mañana, tocaron la puerta de mi casa. Eran los dueños del Premier que venían a preguntar por su aparato. Con expresión de ofendido les invité a pasar a mi cuarto donde estaba el resto del perolero que usábamos y, además, les reclamé que “fuimos a tocar sin que nos pagaran un centavo, sólo por ser panas”. Convencidos se fueron.

“Pan Duro” vendió el amplificador, porque no era prudente que nos viesan en otro lugar o fiesta con el objeto del robo, y nos repartimos los centavos.

En una ocasión la música salía del porche de mi casa, en una de las veredas de la urbanización Urdaneta, una zona acogedora y con un clima que llegaba a ser frío en las tardes cuando del El Junquito bajaba la neblina. De pronto se nos presentó un tipo un tanto extraño, quien llegaba enviado por Freddy, un amigo que ensayaba con otro grupo unas casas más adelante, porque pensaba que el tipo podía funcionar con nosotros, en vista de que ellos ya tenían su “loco”, un sujeto estrafalario que le apodaban “Chivo Eléctrico”, pero que cuando llegó a la TV, acompañado por “Los Cuervos”, le llamaron “El Eléctrico Luque”.

Nuestro visitante era bajito, con un perfil aquilino y cuando habló nos percatamos de que era italiano, pero la rareza

fundamental que presentaba era que tenía el pelo tramado y rojizo, como uno de los negritos de las Islas Salomón.

Carmelo, otro de nuestros amigos que solía acompañarnos a las fiestas y experto en sobrenombres, lo bautizo “Peloponeso”, aunque nada que ver con Grecia, y aunque él decía llamarse Michelle, Peloponeso se quedó.

El hombre tenía buena voz, pero con un problema, se atravesaba a la hora de entrar. Tratamos de hacerlo a un lado, pero le tocamos una pieza que era un ciclo, que no requería de una entrada en un momento exacto y el hombre se la comió, se comenzó a contorsionar, a tirarse al suelo y armó un show que gusto. Por favor, no pregunte por la letra, porque en una mezcla de inglés, italiano y español cantó y la cosa, en general venía bien.

Le montamos unas tres o cuatro piezas similares y cada vez mejor. Pero, había algo adicional, Peloponeso trabajaba en una pescadería en el Mercado Periférico de Catia y cuando, entre contorsiones, gritos y emociones, el hombre comenzaba a sudar, ¡ay mi hermano!, aquel tufillo era insoportable. Y no era que no se bañara, porque llegaba recién bañado y vestido de limpio, pero ya a la tercera canción, cuando comenzaba a sudar, parecía que había peleado, por lo menos, con un trío de tiburones.

Llegó un momento para nosotros de mucha satisfacción, el “Chino” tenía un pique con otros compañeros de estudios que tenían otro conjunto y que decían que eran casi Los Beatles.

Para la fiesta de fin de curso la profesora del Chino, que vivía en una bella casa de la Urbanización Santa Cecilia, invitó a los dos grupos.

Íbamos “con todos los hierros”, es más, Peloponeso y su hermano habían conseguido un amplificador Farfisa (italiano, claro) para las voces.

El Peloponeso llegó vestido de negro, con un cuello de tortuga, y un saco de cuadritos de cuatro botones a lo largo y se veía bien, “como un cantante profesional” decía en su medialengua. Nosotros tratando de evitar que surgiera el tufo a pescado, decidimos hacer una especie de carnaval con perfume, con un Old Spice de limón que alguien me había regalado y no me gustaba. Salimos y nuestro espectacular cantante expelía un olor a fresco limón.

Conseguimos una carrera que nos a todos y a todos los instrumentos. Apretujados llegamos.

De inmediato nos recibió la profesora del Chino y pasamos al patio de la casa espacioso y con todo listo para comenzar la fiesta.

“¿Pan Duro, donde están los cables?”, pregunté.

Nuestras conexiones las guardábamos en un pequeño maletín a cuadros escoceses.

“Cooooño, se quedaron en la maleta del carro”, dijo Armando.

Los tipos del otro grupo, como viéndonos por encima del hombro nos dijeron, no se preocupen después que nosotros toquemos les prestamos los nuestros. Ellos arrancaron primero y el Chino me vio con mirada cómplice, “estos no nos dan la talla”, se acercó y me dijo.

La gente que estaba en la fiesta recibió con cierta frialdad el set de los muchachos, de Sarria, por cierto.

Cuando arrancamos nosotros con “Let’s Spend the Night Together” y posteriormente entro el “Peloponeso Soul”, observamos que hasta la profe del Chino estaba bailando.

Claro, la combinación de perfume, sudor y pescado salió a invadir el ambiente, pero eso importaba poco porque todos estaban encantados con nosotros.

Después los rivales de ocasión nos dieron sus justificaciones, “que no habían ensayado”, y otras pajas. Pero sentimos, sobretodo Luís, que los arrojamos. Salimos y era tarde, las calles eran una soledad total. Los italianos, Peloponeso y su hermano (“Il Principale” lo llamaban por ser el mayor) no dejaron el amplificador porque era prestado y debían devolverlo, nosotros dejamos todo para ir el otro día a buscarlos. El Chino estaba tan contento que ayudó a cargar el armatoste varias cuadras, pese a que nunca era muy colaborador en ese aspecto. Al fin pasó un libre y, como vinimos, cual sardinas en lata, nos regresamos para Catia. Hasta suerte tuvimos, porque al día siguiente el taxista que nos llevó pasó y nos devolvió el maletín con los cables.

Hubo un toque que para nosotros fue, como la película de Peter Sellers, “La Fiesta Inolvidable”. Fue en el apartamento de una de mis hermanas en el barrio La Libertad, del 23 de Enero, un grupo de bloquecitos de cuatro pisos que sustituían a los ranchos del sector.

Claro fue el grupo y todos los convidados. Todo iba muy bien, tocamos, la gente bailaba, nos divertíamos. A Miguel, uno de los queridos amigos de la vereda 40, se le bajó la tensión por el whisky y lo encontramos en el piso del baño

acostado sobre una pequeña alfombra con posición de momia egipcia. Lo reanimamos y al rato se integró al sarao.

Había un coleao del sector y así me lo señalaron. “Déjenlo, dije, mientras no moleste, está bien”. Pero al poco rato “Pan Duro” lo tropezó y lo bañó con la bebida que llevaba.

Hubo conato de golpes, pero intervine y le dije al coleao, que se tranquilizara que había sido un accidente y si quería que nadie lo tropezase que se fuera.

Al parecer allí había quedado todo. Pero se repitió la situación, “Pan Duro” sin querer queriendo, volvió a bañar al individuo. El tipo se fue, pero a la salida de la fiesta vino la batalla campal. Piedras, puños, botellazos, palos. Hubo de todo, incluso heridos de cierta gravedad, como El Catire Manzo, a quien le dieron un palo por la cabeza, mientras golpeaba a uno del otro bando, y le fracturaron el cráneo. En medio de aquel caos, los heridos fueron metidos en el carro de René, quien los llevó al puesto de socorro de Catia, otros logramos bajar corriendo. Recuerdo que mientras corríamos hacia la Avenida Sucre escuche al Peloponeso decir en un castellano cervantino: “son unos salvajes, no vengo para acá nunca más”.

A salvo en la avenida, algunos se fueron a sus casas y otros fuimos al hospital para saber de los aporreados.

Roberto, quien solía usar unos mostachos chorreados, como era la moda, lloraba y los mocos le corrían por los bigotazos, mientras me decía: “dile al doctor que me atienda”. No tenía mayor cosa, un chichón en la cabeza, porque al parecer el tipo que tenía el listón tomó varios turnos al bate.

Había una comisión de la PTJ que nos quería llevar detenidos, pero llegó Ene (Ernesto) y chapeó con un carnet del Ministerio de Justicia y nos dejaron ir.

Al Catire lo pasaron al hospital de los Seguros Sociales y se recuperó. Mi hermana se tuvo que mudar.

Un sitio donde nos gustaba tocar era donde Vallenilla, quien vivía en uno de los bloques que quedan frente al aeropuerto Simón Bolívar. Allí los bonches eran hasta el siguiente día. No había otra, teníamos que quedarnos hasta el otro día y con cara de trasnocho regresar a Catia, enratonados, trasnochados y, seguramente, felices.

Fue en una de esas rumbas en la que la conocimos. Ella era una mujer menuda, seguramente en la treintena, rubia, elegante y conversadora. No era una de las invitadas, pero tocó la puerta y pidió hablar con alguien del conjunto.

De inmediato nos reunimos, porque varios pisos más arriba ella tenía una reunión con varios discjockeys y querían escucharnos. Subimos con nuestro perolero y tocamos. Nos pidió “Guantanamera” y la tocamos para su pláceme.

Nos pregunto, ¿tienen algo grabado?

Nos vimos las caras y dijimos que no, pero yo le dije que había una gente de Polydor que estaba interesada en nosotros. Y saque a Polydor, porque esa fue la primera disquera que grabó a unos desconocidos que fueron después The Beatles.

“En esa disquera hay muchos viejos, replicó, si les interesa podemos hablar de una grabación”.

Claro que nos interesaba. Como nuestra condición socio-económica no era muy boyante, decidimos que nos reuniríamos con ella en la casa de Henry, en la vereda 25, porque era la casa más bonita.

El siguiente sábado, justo cuando estábamos terminando el ensayo llegó la dama.

Se sentó y comenzó a hablar de los planes de grabación, mientras todos atentos escuchábamos. Pero, repentinamente, vestido con un mono de fibra sintética que le tapaba la cabeza, se presentó el hermano mayor de Henry que era, sin dudas, el sostén de la casa.

“Señora—dijo—me parece bien que Henry toque la guitarra como hobby y que se divierta con el grupo, pero él tiene que estudiar y graduarse en la universidad. Su futuro no está en la música”.

Vimos como a Henry se le aguaron los ojos.

Y la dama con elegante firmeza nos dijo “Lo siento, yo solo hago trato con profesionales” y se despidió.

Nunca más supimos de ella. Nunca grabamos disco alguno.

Al poco tiempo Henry se mudó para Piedra Azul y no lo vimos más. Yo me enfermé de hepatitis y tuve que dejar de tocar por algunos meses, por recomendación médica, el “Chino” me dijo que Los Cuervos, un grupo vecino, necesitaban un baterista y le dije “dale Luís”.

Meses después tratamos de recomponer el grupo, Luís y yo probamos varios guitarristas, algunos buenos, pero no era igual, porque nosotros más que un conjunto éramos amigos.

Por eso lo dejamos de ese tamaño.

Con el paso del tiempo el Chino me invitó porque estaba tocando en la Cervecería Nueva Esparta. Fui y me sentí mal de verlo tocando batería con un conjunto criollo uniformado con un liqui liqui color lila con un bojote de botones en las mangas. Me tome una cerveza y le dije que me tenía que ir.

A Henry me lo encontré en la Universidad Central, en el cafetín de la AVP, estaba cambiado, como queriéndose pasar de vivo.

Años después planeamos un reencuentro. Luís y yo fuimos a la casa de Henry. Vivía en un apartamento por un sitio lejano, por donde quedaba la fábrica de pan Holsum pero el Chino, que era veterano en ventas y direcciones, nos supo guiar sin problemas.

Fue sabroso el rato, tocamos y cantamos lo que recordábamos. Henry nunca se graduó en estadística, vendía seguros.

El “Chino” y yo solíamos encontrarnos en el taller de Agustín (Aguvic), un local de la avenida Roosevelt donde el gordo Agustín, un viejo amigo de Catia, colocaba equipos de sonido y alarmas para carros. Él tenía una guitarra y me puse a tocar y junto a Luís, interpreta “Sin tener que mentir”, una vieja canción de los Claners.

En una de esas ocasiones al “Chino” se le ocurrió decir, “vamos a sacar otra vez el grupo, así como lo hicieron “Los Impalas” y otros”.

Solo la dotación de instrumentos pasaba de decenas de millones de bolívares, cifra difícil de arriesgar para ambos y así se lo dije, ¿cuánto tienes para comprarte una batería? Dejemos la

vaina así “Chino”, no inventes pendejadas” añadió, canta “Sin tener que mentir” para complacer a este italianito que le gusta el tema, porque la novia lo cortó. Tañí la vieja guitarra folk, que aun me acompaña en las soledades, y cantamos a tres voces, porque Agustín, que también había sido nuestro “fan”, se empató. El italianito Tony, que trabajaba en un taller de electro auto vecino, cuando terminamos sólo dijo, “que arrecho”.

El Chino insistía en reunir de otra vez el grupo.

“¿Sabes cuánto cuesta ahora una batería? Más o menos el doble de lo que costó el apartamento de tu mamá en Catia. Vamos a dejarnos de pendejadas y a quedarnos con los buenos recuerdos, porque nadie nos puede “quitar lo bailao”, ni tampoco lo “toca”.



Las fiestas en el barrio eran apoteósicas, con música en vivo y en directo.



"El Chino" Luis y su poderosa batería

## Capítulo XII

### El Tropical

Desde muy niños todos sabíamos de la existencia de las putas y los burdeles en zonas cercanas al sector donde vivíamos. De tarde en tarde veíamos pasar una mujer de ojos claros y cejas pintadas de una manera que le hacía parecer una gata y ese era su apodo, según decían era una de las chicas del “Cari Cari” un sitio que hoy le darían el rimbombante título de “Bar Americano”. También sabíamos que en lo que llamaban La Laguna, cerca del cine Esmeralda, había casas con puertas metálicas donde, por una pequeña abertura rectangular, se asomaban las mujeres para invitar y los clientes para convenir. Eran lugares misteriosos para nosotros que, cuando íbamos al cine, pasábamos para asomarnos y molestar a aquellas profesionales del sexo.

Fue Pablo, a quien apodaban “Lomo e` Piano” o simplemente “Lomo”, un vago viejo, quien me introdujo en la vida burdelera junto al “Tuerto Catire”, un trueno de pelo rubio y un ojo de vidrio, quien solía darse de golpes hasta con su propia sombra.

“El Tropical” llegó a ser uno de nuestros sitios preferidos, cuando los ahorros permitían hacer un toque técnico. Era un sitio, sin dudas peligroso, donde solía entrar cualquier tipo de maleantes, pero es que cuando se tienen 18 años recién cumplidos se siente que nada nos puede pasar, que somos capaces de cualquier cosa, que hasta Dios debe rendirnos pleitesía.

Poco nos importaba que tal o cual hubiese estado preso por matar a alguien, nos creíamos invencibles, intocables, además de bien parecidos, simpáticos, galanes y levantadores.

Sin dudar nos metíamos en aquel hueco fétido a orines rancios, a humo, a cerveza, a perfume barato, a humedad de mucho tiempo. Siempre estaba oscuro, solamente unos bombillitos como de arbolito de Navidad hacían el esfuerzo de alumbrar. En uno de los rincones la rockola estridente y de colorines que ofrecía cinco discos por un bolívar. Al fondo la barra ruidosa de donde salían los tragos a las diez o doce mesas esparcidas por los laterales para dejar en el centro la pista de baile. Como las mismas mesas, esparcidas, estaban las “chicas”, unas viejas y exprimidas como bagazos, otras más jóvenes, una que otra hasta bien parecidas, pero todas del mismo estilo, pintarrajeadas, con faldas ajustadísimas, tacones, un cigarro en la mano y prestas para decir a cualquiera “papito bríndame un anís”.

Allí entramos conducidos por Pablo y el “Catire”. Sonaba algún tema de los “Corraleros de Majagual”, seguramente “Vampiro, Vampiro” y la experiencia de “Lomo E` Piano” se puso de manifiesto, porque aun no nos habíamos sentado cuando el “Catire” y yo lo vimos entrar en la pista a restregarse el cuerpo con una de las chicas que movían la pelvis con habilidad de danzarina árabe.

Luego de un par de rones cada uno emprendió la marcha, aunque Pablo quería más acción, el bolsillo no permitía mayores libertades.

A los días, con mayor fuerza en la cartera, junto al “Catire” volví allí y nos encontramos con Ana, una muchacha que el

“Tuerto” y Pablo habían conocido en La Silsa cuando eran vendedores de seguros funerarios y que se había empatado por “Lomo E` Piano”.

Yo, estúpidamente candoroso, pensé que la joven había caído en la “mala vida” a consecuencia del abandono de Pablo. Cuando hablaron del tema, Ana no abundo mucho y prefirió hablar de música y de su gusto por “El Ritmo Orquídea” que tocaba el de “Moliendo Café”.

Ana, flaca, diminuta, pecosa, disfrutaba de todo lo que había, es decir, tragos, cigarrillos y la música. Quiso bailar pero el “Catire” no tenía parecido alguno con Arthur Murray, es decir tenía dos pies izquierdos, pero yo me defendía en la materia. Desde luego, la muchacha también tenía sus profundos conocimientos en cómo ondular la pelvis y restregar los sexos, lo que puso en práctica ocasionando estimularme al punto que, al poco tiempo me enrumbaba escaleras arriba con aquella mujer a una habitación pequeña y fea, pero con el espacio suficiente para lo que la parejita estaba en disposición de hacer.

Había una jarra y una ponchera, ambos de peltre, con unas rosas rojas dibujadas y un rollo de papel higiénico sobre una mesa. Ana apagó la luz y en segundos estaba desnuda. Con habilidad supo conducir al inexperto cliente que, por primera vez sintió el tropezar de un iliaco contra la base de su pene y un quedo gemir femenino cerca de sus oídos, aquella sensación me capturó y, al completar aquella placentera jornada le dije que teníamos que hablar en otro lugar, con más calma.

Al regresar al bar “Catire” se había bebido unas cervezas lo que elevaba la cuenta como a cien bolívares, pero gracias a los trabajos en horario extraordinario tenía como cubrir el

gasto, luego de pagar, tomaron por la Calle Bolívar hacia sus predios

Me fui hasta unas barracas por Lídice donde vivía Ana con dos hijos, una niña de meses y un chico de unos tres años, mala sangre y llorón. Estaba dispuesto a ayudar a Ana para que dejase la “mala vida”.

Ana puso condiciones que incluyeron mudanza y dinero, lo cual no fue problema para mí, que sentía que estaba cumpliendo con un “deber revolucionario”. Claro, la joven también quería su ración de sexo y aunque esa no era mi motivación principal, la reacción hormonal cuando se tiene esa edad no se hace esperar.

Pocos días después me encontré con “Pablo Lomo” y le conté lo que consideraba una hazaña y de cómo, de esa forma, enmendaba su mala jugada. Pablito, filósofo profundo de burdeles, ficheras, meseras y similares me dijo:

“No seas pendejo. Puta es puta, cualquier noche de estas te vas al Tropical y ahí la encuentras”.

Era cierto, una noche, después de visitar a Ana en La Pastora, en una casa ubicada en un cerro coronado por un aviso de Chevrolet, me quedé en la esquina de la bodega “El Paují”, justo al frente del cuartel Urdaneta, para oír junto con otros compinches la transmisión radial de un juego Caracas-Magallanes. Victoria para su equipo, el Magallanes, lo cual era motivo de celebración. Fuimos al tropical y allí estaba.

Me di cuenta que “Pablo Lomo” tuvo razón... Puta es puta.

## Capítulo XIII

### Más bonita que una Miss

Cuando la vi por primera vez quedé impactado. Verdaderamente era más bonita que una miss: blanca, pero no pálida; con ojos grandes color melaza, un rojo clavel por boca, piernas torneadas, cintura estrecha; en fin, con todo muy bien puesto. Vestía un traje camisero negro con grandes rosas rojas de una tela que se le adhería al cuerpo; realmente, la hacía una provocación andante. Usaba unos lentes oscuros y caminaba por la calle Quinta rumbo al bloque 12 de las Lomas.

Casi sin poder hablar sólo atiné a decirle “hola”. Ella me vio un poco de soslayo y me respondió, con una voz ronquita, de igual manera.

Su belleza ya tenía cierta fama en la zona y sus participaciones en los juegos de fútbol femenino que organizaban en las canchas del cuartel Urdaneta concitaban algún público masculino, sólo para verla en pantalones cortos.

Luego me enteré de que era familia de una maracucha que había sido Miss Venezuela, aunque no tan bonita como ella, o tal vez menos accesible.

Pasaron años durante los cuales no la volví a ver, aunque no podía controlarme cuando, repentinamente, me llegaba su recuerdo.

Con esas motivaciones de hacer cualquier cosa que le llamase la atención había pasado por el mundillo musical con un conjunto de rock, quizás sin las perfecciones técnicas de mis vecinos Los Cuervos, pero con swing, con duende, con esa inexplicable cosa que a la gente le agradaba.

Una noche, por esas casualidades, había fiesta en la casa del “Catire” y yo era uno de los principales invitados, yo llevaba unos pantalones a la cadera y de “bota ancha” hechos por Herrera (el que hacía el uniforme a Los Impala, nada menos), una camisa diseñada por Braulio y un par de botines puntiagudos de la zapatería Cesarina, además de un foulard a manera de corbata. Así me presenté en el bonche de mi pana.

¡Sorpresa! Allí estaba.

Era Isabel y continuaba más bonita que una miss.

Las presentaciones ante el público, el escuchar aplausos y ser objeto de interés para las muchachas me habían dado seguridad, cancha y hasta un poco de pedantería, y aunque Isabel había llegado acompañada por René, un conocido del grupo bastante mayor que nosotros, me le acerqué, la invité a bailar y resultamos la pareja de la noche.

Ya un tanto más tarde, Isabel manifestó que debía irse. Yo era su acompañante hasta el piso ocho del bloque 12, donde los de las veredas no eran muy bien vistos; sin embargo, pensé que valía la pena el riesgo. Llegamos, y hubo una despedida romántica y muy apasionada. Le pregunté por qué había dejado plantado a René y se había quedado conmigo, y su respuesta no me pareció muy halagüeña, pero sí sincera: “Tú eras el mejor vestido de la fiesta”.

René no tuvo problemas por lo ocurrido, aunque el “Gato” Torres le hacía burlas y le decía que ahora se rascaba “Por amor a Isabel”, un tema de un grupo de música pop estadounidense que estaba de moda, aunque en realidad él tomaba porque le gustaba, simple y llanamente.

Cuando volví al bloque al día siguiente, me tocaron miradas poco amistosas, pero sin pasar de allí, porque, aunque se mantenía distancia entre “los de arriba y los de abajo”, había un respeto para evitar una confrontación que, incluso, podría terminar en sangre.

Al llegar a aquel apartamento conocí a la madre de Isabel, una mujer aún joven, y a sus hermanos, dos muchachos adolescentes y una hermanita delgadita, dulce y bonita. La conversación entre nosotros fue prolongada y de variados temas, sobre todo de música. Luego, un nuevo hasta luego, nuevas caricias atropelladas y torpes en la oscuridad de un estrecho pasillo.

Para otra visita, días después, yo llevaba discos que, de acuerdo con lo que habíamos conversado, nos agradaban a ambos, pero me encontré una sorpresa: ella se había ido a Maracaibo.

De regreso a mi casa padecía una sensación de vacío en el plexo solar, un mariposear en el estómago, pero a nadie se lo comenté. Seguí en lo mío y ahora, displicente y pedante, me daba el lujo de rechazar porque había de sobra para los componentes de aquella bandita.

Creo que pasó más de un año y aquello lo creía olvidado. Incluso, tenía novia y un “carro” que había comprado a un italiano que tenía un taller en Pro Patria al que llamaban el “Rey del Mastique”. Era un camastrón Old Mobile 1956, que

pesaba dos toneladas y que podía cargar otras tantas, porque en la maleta entraban los instrumentos del grupo y hasta un pasajero, de ser necesario.

Estábamos varios parados hablando en la esquina de la calle Quinta, una noche como cualquiera. La volví a ver y se mantenía más bonita que una miss. Nos saludamos con cordialidad y le ofrecí mi “tanque” para llevarla al bloque.

Nueva sorpresa Ibis tenía una hija. Luego supe que el padre era un tipo de Pro Patria, amigo del “Negro” Duque.

“Eso se terminó”, me dijo, y en la despedida, con la misma pasión de la última vez, nos volvimos a acariciar.

Tenía una severa contradicción interna, porque mi novia no merecía unos “cachos” ni cosas por el estilo, pero las hormonas, o el enamoramiento, cuando uno es todavía un muchacho, dominan.

Hubo algo que hizo que me decidiera. Una noche llegué al apartamento de Isabel y ella estaba sola con su hija, su familia había salido de viaje. Me sugirió que comprase algo para cenar en una lonchería cercana a la arepera La Clueca, pero nada de ésta porque podía resultar nocivo para la salud de cualquiera. Regresé y ella tenía en su plan que tenía que quedarme, aunque la niña lloraba. “Ella ya se va a dormir dijo”, y al poco rato estábamos dispuestos para lo que tenía que venir. Supe lo que era disfrutar de un cuerpo hermoso, codiciado, complaciente. Aquello no resultó para mí acostarse con una mujer solamente, esa noche supe realmente qué es “hacer el amor”.

Salimos varias veces, incluso en grupo, con Rebolledo, otro músico de rock, su hermana, su madre y el novio de la suegra.

Íbamos a los bares de Sabana Grande y hasta cantábamos. En una ocasión, acompañados por la guitarra de Rebolledo —la llevaba hasta a misa— cantamos a dúo, Isabel, que tenía una voz de contralto, y yo acostumbrado a hacerlo en falsete. A ambos nos pareció que éramos lo que esperábamos cada uno, que había algo especial, aunque no recuerdo que alguna vez ninguno de los dos le haya dicho al otro: “Te quiero” o “te amo”. Quizás sobran las palabras o, acaso, visto a lo lejos, faltaron.

A veces, cuando llegaba al apartamento, estaba el padre de la hija de Isabel, pero ni ella ni yo le prestábamos la más mínima atención; era como un mueble más; estábamos uno para el otro y nadie podía entorpecer aquella unión con vigor casi juvenil.

Yo soportaba el trabajo en un banco porque me permitía afrontar mis gastos e, incluso, algunas necesidades de Isabel.

Recuerdo que la niña, una bebita linda como su madre, tenía una fuerte pañalitis y le conseguí una pomada que se la quitó al día siguiente.

Para mí fue un placer regalarle un par de botas nuevas, perfecta combinación para sus hermosas piernas y sus minifaldas, además de ir al cine o entrar en un hotel a cumplir con el rito de la entrega mutua. Parecíamos una pareja destinada a la convivencia.

Sin embargo, Isabel era centro de comentarios de otras mujeres, quizás envidiosas de su belleza, que la señalaban como una “chica fácil” y hasta mi casa llegaron los chismes. Una de mis hermanas, la mayor, me insistió en lo negativo que era tener como novia o como esposa a una mujer con un hijo de

otro. Yo le respondí que cuando mi padre conoció a nuestra madre ella tenía nueve hijos; pero aquello de alguna manera me tocó alguna fibra.

También mis compañeros de esquina me tocaban el punto. Cuando me veían enfilar hacia donde ella vivía me decían: “Ten cuidado que vas a la ‘trampa de cemento’”.

Es cierto que el ambiente es una influencia que puede ser buena o terrible. Quizás por primera vez en mi vida cedí ante aquella forma de presión. Recordé aquel día en que aquella mujer se fue sin decirme nada, ni siquiera adiós, y pensé que en cualquier momento podría volver a ocurrir. Esta vez fui yo quien desapareció.

Años más tarde, en el Centro Juvenil de Catia, un amigo común, Manolo el “Asmático”, me dijo que la había visto en Maracay, que Isabel ya era abuela, pero que seguía bonita como una miss.

Yo eché marcha atrás en la memoria y pensé: ¿Qué habría pasado si hubiese vivido con Isabel como pareja? ¿Había sido aquella la felicidad y, sin saber de qué se trataba, la había dejado pasar?

## Capítulo XIV

### Cara é Catre

Decía llamarse Carlos Oropeza. Nombre que, quizás, le colocaron arbitrariamente quienes lo vieron por primera vez en el Consejo Venezolano del Niño. Era uno de esos muchachos que quedan rodando luego de una efímera relación sexual y que no suelen importarle a nadie.

Una de las políticas del desaparecido Consejo Venezolano del Niño era ubicar a los niños sin familia en alguna casa donde recibieran trato adecuado a cambio de un pago mensual por cada uno de ellos. Así llegó Carlos a nuestro sector, no fue el primero en tal condición y tampoco el último. Muchos pasaron, crecieron y se fueron por sus propios derroteros.

Alguien le puso de sobrenombre “Cara é Catre” y pese a que solía insistir en que su nombre era Carlos, así se quedó y todos le llamaban “Cara é Catre”.

Hablaba mal, cortaba las palabras y era, a veces difícil entenderle, seguramente tenía problemas de aprendizaje, pero nuestra edad e ignorancia no nos permitían discernir su condición, y era víctima de nuestro avasallamiento.

Dibujaba con gran destreza. Incluso en las paredes, y a solicitud nuestra, trazaba hombres y mujeres desnudos los cuales, curiosamente, iniciaba a dibujarlos por los pies y de perfil.

Desde luego, a los hombres les colocaba enormes penes y a las mujeres voluminosos senos.

Nunca jugaba con nosotros porque no le dejábamos, solamente estaba cerca del grupo cuando era blanco de las burlas.

Carlos no fue más a la Escuela Sergio Medina, que estaba en los límites de Pro Patria y Casalta, y se convirtió en el repartidor a domicilio de la farmacia Pro Patria, regentada por un farmaceuta vinculado a una familia de la vereda, por la vía matrimonial, con una joven morena de ojos verdes cuyos hermanos poseían unos enormes pies y prominentes narices y que les apodaron los “Patanga”.

Aquel cambio marcó a Cara e´ Catre, quien consiguió otro grupo de pertenencia en los bloquecitos de la policía donde había muchachas que le acompañaban a la panadería a gastar el dinero que ganaba pedaleando en su negra bicicleta Norton con parrilla.

Claro, los malandritos del sector vieron en Carlos un aliado perfecto para conseguir seconal sódico, obtalidones y cualquier fármaco que le pusiera a tripear. Claro, Cara e´Catre también pasó a probar las drogas y con ello ganarse, aun más, el rechazo nuestro. En una ocasión había una fiesta “psicodélica” en la casa de Carmelo y Cara e´Catre quería participar. Claro, le vendieron una entrada. Miguel, por su parte, le vendió una capsula de seconal en cuyo interior había una medicina para el crecimiento y yo le vendí una camisa “psicodélica” que había comprado en la Boutique de Juvencio, y cuyos colores tan brillantes parecían la ropa interior de Lila Morillo cuando le tiraba piedras al cocotero.

Carlos estaba en su fiesta con la camisa de colorines y su me-

dicina para el crecimiento en el estomago. En una de esas se le acercó a Miguel y le dijo que no sentía nada, que esa droga no le hacía nada. Pero el vendedor y sus compinches le hicieron ver que se veía como volando y el compás de la estridente música y las luces estroboscópicas, Cara e'Catre se contorsionaba en su nota.

Con el tiempo Cara e'Catre se dio cuenta que no tenía amigos, que todos lo trataban de utilizar y decidió, de una manera poco convencional, retar a la muerte.

Se presentó a un banco cercano a la Avenida España y con una pistola de juguete lo asaltó, cuando tenía a todo el personal y a los clientes bajo su control, les dijo que la pistola era de juguete. Lo que buscaba era que el guardia del banco le disparase, pero no lo logró. Lo agarraron y lo entregaron a la policía que, a su vez, le mandó para el cuartel de conscriptos.

La siguiente vez que vimos a Cara e'Catre estaba vestido de soldado y hablando de que iba a matar comunistas.

No terminó el servicio, halló lo que buscaba: un arma cargada. Se dio un tiro en la boca y murió más joven y más inocente que muchos.



Los heladeros se paseaban por las veredas



La gran piscina del CJC

## Capítulo XV

### Una Curda con Julio Jaramillo

Fue en aquella época cuando este botiquín era considerado el mejor de toda Catia.

Era cuando aquí llegaban las mejores ficheras y cuando el olor era una combinación de alcohol con perfumador de ambiente y perfumes franceses que usaban las mujeres y no esta hedentina de orines que hay ahora.

Estábamos sentados en este mismo sitio, en esta misma mesa cubierta con este mismo hule, pero en aquel entonces estaba nuevo, resplandeciente. Estábamos cayéndonos a palos y con la intención de “echar el carro”, “Pablolomo”, “Catire”, “El Negro” y yo, cada uno con potente fichera al lado vacilándonos un “trolli” de “casiquiare”.

En la mesa que nos quedaba al frente estaba nada menos que aquel tipo de ojos verdes que trabajaba en la Digepol, el “Sapo Rodríguez” le decían por sus ojos saltones y porque era “sapo”. El tipo estaba acompañado por aquella mujer que le decían “Cintura Loca”, Mercedes como que era el nombre.

Bueno compadre el rollo del asunto es que ese día o mejor, esa madrugada, porque era como la una de la mañana, para nosotros los más chéveres del cuarto año de Humanidades del liceo Andrés Eloy Blanco, exceptuando a “Pablolomo” que era vago viejo, no se nos olvidará nunca porque nos echamos

una curda con el “Rey de las rockolas”, con “El Emperador de las Mesoneras, Ficheras y Afines” de toda América Latina.

¿Qué cómo fue?

Deja el apuro que la cosa tiene que contarse con calma, no vaya a ocurrir que la memoria fresca de antes y un poco ajada de hoy me falle y pase por alto algún importante detalle de nuestra reunión con Julio Jaramillo.

¿Dónde quedé?

A bueno, sí. Nosotros estábamos sentados en esta misma mesa. “El Sapo” Rodríguez y “Cintura Loca” en esa que queda al frente y por allá estaban otros tipos que no conocíamos, creo que eran de La Silsa.

Bueno mi compadre, cuando se nos estaba acabando el litro y “El Cojo” Jhonny, mesonero del lugar, nos estaba cazando porque presentía, quizás, que íbamos a “echar el carro”. Pero en eso llegó nuestra salvación.

Si mi hermano, nuestra salvación, porque de repente y como si hubiese visto a Dios, “El Cojo” Johnny, con su tono de cubano nacido en el cerro El Amparo, anunció a pleno pulmón la llegada del “astro de la canción romántica” del “rey de las rockolas” del “Emperador de meseras, ficheras y afines”, don Julio Jaramillo.

Julio se quedó en la puerta medio sorprendido porque lo habían reconocido en la oscuridad.

De repente “Cintura Loca” arrancó a correr y se le colgó a Jaramillo del cuello y le estampó un potente beso.

“El Sapo” Rodríguez, que ya estaba curdo, al ver que la geva lo dejó colgando de la brocha, peló por el hierro, pero cuando apuntó para la puerta donde estaban Jaramillo y “Cintura Loca”, “El Cojo” Jhonny que se había percatado del asunto, o para contártelo en lenguaje más del barrio, había mordido la parte, le arrimó una navaja pico ‘e loro al pescuezo, diciéndole:

—Óyeme mulato, la gerencia del “Tropical” no permite actos de violencia en sus locales. Así que dame el fuco o te corto el pescuezo con corbata y todo.

—Tu sabes que yo soy de la “Dige”, negro—replicó con voz aguardientosa—y que soy un poder.

—Pero tú sabes que Erasto es compadre del dueño del “Tropical” y tenemos su bendición. Así que si te quieres quedar me das el “fuco”, o si no, te arrancas de una vez.

El “Digestión” le entregó la pistola al Johnny y se quedó tranquilo.

Para entonces Julio se había metido en su reservado con Mercedes “Cintura Loca”.

Rodríguez estaba “cortado” y no sabía qué hacer. De repente se acerca a la mesa de nosotros y le grita a Johnny.

—¿Cuánto se debe en esta mesa?

“El Cojo” dio una mirada a los vasos y dijo:

Son 190 munas, socio.

—Págate y trae otro litro.

Nosotros queríamos sacudir al tipo, pero “Pablolomo”, que era y aun sigue siendo, mejor catcher que Johnny Bench, lo invito a sentarse.

Pero nosotros que éramos burda de “ñángaras” y que aunque esgrimíamos siempre que “entre curda y revolución no hay contradicción”, sabíamos que ese tipo era del enemigo, que una vez en Ciudad Tablita, le quitó un atomizador a la “Tonina” que sólo iba para su casa a pintar una nevera, y junto con otro tipo le cayeron a patadas.

Pero nosotros le aplicamos la “guerra fría” y no hablamos más.

El tipo después de echarse cuatro palos “puritanos” empezó a descargar.

“Yo lo que más siento—gritaba—es que la geva me la haya quitado Julio Jaramillo, mi ídolo. Porque cuando a uno otro tipo le quita la mujer, tiene el consuelo de meterse en un botiquín a caerse a palos y a poner en la “rockola” a Julio para compartir con él, para escuchar nuestro problema cantado, para tener un consuelo”.

“Pero yo qué puedo hacer ahora si Julio es quien me arrebató el amor. No puedo meter un bolívar en la rockola para escuchar al tipo culpable de mi desgracia”

Como nadie le hacía caso, “Sapolín” pidió su arma de reglamento y se fue.

Cuando este salió, Johnny trancó la puerta y grito:

—Curda gratis para todo el mundo, Julio Jaramillo paga.

Entonces el Julio salió del reservado y se sentó con nosotros, hermano. Se sentó al lado mío, pa` que te la cales.

Comenzó a hablar conmigo y me contó que venía de cantar en “El Peñiscola”, que después se había echado unos palos en el “Night Room”, en el bar del tipo que había sido de la “S.S.” cuando Hitler, y que cayó aquí en el “Tropi” buscando a “Cintura” a quien ya la tenía cuadrada.

Luego “Pablolomo” le empezó a dar casquillo para que cantara y el Julio, ni corto ni perezoso, se disparó, seguidas, a capella, varias de su repertorio.

Cuando nos dimos cuenta, todo el mundo menos él, estaba con los lagrimones afuera.

El “Catire”, quien siempre fue muy llorón, le preguntó que cómo lograba plasmar, con sus canciones, tantas verdades, que parecía que estaba en la onda del “Realismo Socialista” - nos dijo que él lo que hacía era ponerle música a cuentos que le echaban los tipos como nosotros y fuera.

Continuamos, cotorra y cotorra y curda y curda. Como a las cuatro y media o cinco de la mañana, “El Cojo” Johnny dijo que tenía que irse, que estaba bueno y arrancamos.

Salimos juntos Julio, Mercedes “Cintura Loca”, los tipos de La Silsa y nosotros. Los de La Silsa arrancaron por la calle Bolívar pa`riba y nosotros seguimos con Julio y la geva para la Avenida España.

Todos nos sorprendimos porque justamente, en la esquina donde queda el Bar Colonial, encontramos, patas pa`riba, al “Sapo”. Rodríguez, con su pistola en la cintura.

Jaramillo era un tipo serio, pero también jodedor. Nos dijo, con su acento como de “caliche”, que le sacáramos la pistola al “Dige” y se la meáramos.

Todos, inclusive Julio y “Cintura”, le meamos la pistola al “Sapo” y después se la pusimos en la mano. Como estaba tan dormido por la curda ni cuenta se dio.

Después nosotros arrancamos por Tele Cuba pa’ arriba y Julio y la geva se fueron por la Avenida España.

¿Por qué se fueron ellos por ese lado?

Imagínatelo, pendejo.

## Capítulo XVI

### **Freddy “El Chueco”: Nuestro Hombre en TV**

Llegamos a la funeraria de moda la cual estaba, literalmente, inundada de una conspicua representación de la farándula nacional.

Íbamos Nancy, Miguel y yo, quienes nos habíamos enterado de la muerte de Freddy “El Chueco”, por lo azaroso que resulta encender el televisor en el cual nos pueden sorprender con un par de nalgas batientes o, como en esta ocasión, el anuncio de la muerte de un amigo.

Nos acercamos a Orlando, el hermano de Freddy, quien nos contó que de regreso a Barlovento, donde tenía una casa para los descansos y las vacaciones, un carro había embestido la camioneta que conducía y en el volcamiento murió.

Para cualquiera la muerte es inesperada, pero para nosotros saber que Freddy, quien se hacía llamar “Reinaldo Lancaster” en el medio farandulero, había llegado a su fin de esa manera, era, más que un hecho inesperado, algo inexplicable porque sabíamos que había sido un trueno, que había pasado por grandes riesgos de manera indemne, para morir ahora en una accidente estúpido.

Vimos a Virginia, su mujer, desconsolada y rodeada por varios, por lo que optamos por quedarnos un tanto alejados y

pasar a un cafetín en un lateral para sentarnos a conversar o mejor, a recordar, con café negro al frente.

Freddy era hijo de un connotado actor que se hacía llamar Edmundo Valdemar, cuando su verdadero nombre era Numa Pompilio Delgado. Su madre era enfermera y, como muchas connacionales, le correspondió ejercer roles de padre por la falta de apoyo de su compañero.

Tuvo otros hermanos de otros padres, pero nunca a aquella se le podría haber llamado una familia estable, como esas de películas gringas con papá, mamá, hermanito y perrito.

Le apodaron “El Chueco” porque en una de esas correrías por los cerros cercanos se cayó y se fracturó el tobillo izquierdo, causa por la cual le colocaron una bota de yeso que no era óbice para que siguiese jugando fútbol, pero eso le trajo como consecuencia que no quedase cien por ciento bien y tuviese una forma de pisar un tanto ladeada.

Un día murió la madre de Freddy y poco después su hermano menor, Neptario. Junto a su hermano Orlando, quedó a custodia de su abuela, quien por su edad no era la más adecuada para controlar aquel trueno que se venía levantando.

Ya en la adolescencia, por su estatura, sobresalía ante el grupo de su edad, además de desarrollar un vozarrón de disc jockey de radio juvenil de los 60-70

Quizás por llevarlo en la sangre como heredad paterna se inclinó por el teatro y la actuación, pero antes de tomar un rumbo, más o menos cierto en ese aspecto, fue el paradigma del bohemio pobre.

Estuvo durante un tiempo, más o menos largo, como conspicuo fumador de marihuana y ratero de poca monta. Cuando llegó la onda hippie al país, “El Chueco” era uno de esos que vivía en el parque Los Caobos y que trashumaba por Sabana Grande “martillando” con el “poder de las flores”.

Creo que, de alguna manera, eran intentos por llamar la atención de su padre quien no le tomaba en cuenta para nada, hasta que le comunicaron que Freddy andaba envuelto en una sabana sucia por el este caraqueño, lo cual podía repercutir en su popularidad como figura de la TV nacional.

El connotado actor logró, literalmente, capturar a su hijo y llevarlo a casa donde convivía con una actriz, también de gran fama, quien aceptó soportar al rebelde con muchas causas, hasta que luego de una discusión familiar, “El Chueco” consiguió un bate de beisbol e hizo varios “swings” contra el Volkswagen de Valdemar quien, personalmente, lo llevó al Cuartel de Conscriptos para el servicio militar obligatorio.

En menos de una semana Freddy había regresado a la casa, porque velocidad e inteligencia mediante, se ganó el aprecio de unos oficiales a quienes hizo unos trabajos mecanografiados y con ello se ganó una “pagina trece” llena y la excepción del servicio militar, lo cual era pase directo a la vida civil.

Al padre de “El Chueco” le iba dando un infarto cuando, de regreso de una grabación de telenovela, lo encontró de nuevo en casa. Sin embargo, tomó la iniciativa de llevarlo a una farra nocturna y demostrarle que para ser apreciado en el mundo de la bohemia había que hacerse de un nombre y que para ello se requería de un esfuerzo, de una preparación que lo llevase a un trabajo donde pudiese demostrar su valía. De

alguna manera aquella lección sirvió y Freddy se convirtió en un “devorador” de libros, desde luego, la mayoría de ellos robados de las librerías o recibidos en préstamos que, difícilmente, devolvía.

Por problemas con drogas varias veces estuvo detenido y en una ocasión le llevaron por varios meses al tenebroso Retén de Catia, donde tuvo una experiencia que le marcó terriblemente y que, acaso, fue el acicate para alejarse del grupo de “drogos” de la zona.

Contó Freddy que por esas injusticias que son el orden del día de nuestra sociedad, un hombre joven cayó en la terrible cárcel donde, pese a sus esfuerzos, lucha y pataleo, unos malandros lo sodomizaron. Cuando llegó el día de visitas el individuo recibió la visita de su novia, a quien los malandros le dijeron, burlescamente, que era “marico” y que ellos lo habían “cogido”.

El hombre, impotente ante los malandros se puso a llorar. Después mató a uno de ellos y se terminó de desgraciar la vida.

Su vinculación con el mundillo cultural despertó en Freddy la inquietud por un país mejor y cuando el PCV se escindió para dar como resultas al MAS y luego al germen de lo que es Causa R, “El Chueco” se acercó a la política y se vinculó al Movimiento Al Socialismo, porque se sentía identificado con su ímpetu juvenil, con su nueva forma de propagar su mensaje etc. Pero de vez en cuando, por efectos de drogas o el ron, se le salía el loco, se quitaba la ropa y se paseaba, cual moderno Adán, por la vereda 17, donde vivió con su abuela.

En verdad Freddy tenía, como enseña, la exageración, puesto que a la hora de comer lo hacía con avidez leonina, cuando

era tomar el asunto, tomaba como cosaco, para dormir lo hacía por días enteros, realmente, todo lo abordaba desmedidamente.

En una oportunidad estaba levantando a una vecina morena que solía usar pantalones “Saint Tropez”, de esos a la cadera, muy bajos y, con gusto, mostrar buena parte de las posaderas al sentarse en cualquier cercado de jardín. Freddy, emocionado porque ya estaba lista para el abordaje, se acercó a Miguel para pedirle si tenía algo que pudiese tomar para entonarse. Miguel le sacó un botella de ron y de una sola vez se trago una cuarta parte.

Cuando se rascaba solía perder el control y quitarse la ropa en la calle mostrando, algunas veces, unos interiores negros y en otras, el traje de Adán.

Durante sus momentos de fervor político y contestatario, presentamos un acto de captación de gente en la zona que en Urdaneta llaman La Central (una vez funcionó allí un auto-mercado Central Madeirense) con las sombras chinescas de Luis Luzik, varios cantantes, entre ellos Guillermo Carrasco. Freddy fue animador y resultó todo un acontecimiento. Luego de aquel triunfo del “Grupo Inquietud” nos reunimos a celebrar pero “El Chueco” no se conformaba con un par de tragos. Como a las siete de la mañana sonó el teléfono de mi casa, era “La Chispa” Rúgeles, una de las promotoras del espectáculo político-cultural, que estaba llamando para que fuesen a recoger al “famoso animador” que estaba dormido, ligero de ropas, en un jardín cercano a su casa. Miguel y yo fuimos a buscar al compañero y de regreso a la vereda 40 algunas personas que iban a misa lo reconocían como “el muchacho que estaba animando el espectáculo del Grupo Inquietud”.

Nancy recordó que, una noche, alguien la llamó para decirle que le buscara la cédula de identidad a Freddy que lo habían detenido en la Jefatura del Recreo. “El Chueco” esa noche había salido a “pavear” con unos pantalones sin bolsillos y por no tener donde meterla, no se había llevado la cedula. La abuela entregó, de mala gana, la identificación del “zar de la moda”, y le dijo que a cada momento la despertaban a altas horas de la noche por cualquier chiste de su nieto.

Era un velorio, pero aquellos recuerdos de “El Chueco” nos obligaban, al menos una sonrisa. Nos levantamos y nos acercamos a Virginia, su mujer, a quien apreciábamos por quererlo y por aceptarlo. Fue un momento terrible aquel en el que no podíamos decir o hacer algo que pudiese aliviar la pena de aquella mujer.



Reinaldo Lancaster,  
conocido en Catia como “El Chueco”

## Capítulo XVII

### El Chico

Fue en la temporada 1963-64 cuando lo vi con más atención, puesto que era parte del equipo con el cual estaban mis preferencias. Anteriormente era “el enemigo”, aquel que cuando tomaba turno al bate, yo quería que lo ponchasen.

Ya no estaba con el “odiado” Caracas, aunque no estaba con Magallanes, formaba parte de un conjunto, el Orientales, que sustituyó al Oriente, que a su vez fue el sustituto del bando magallanero.

Era la jornada inaugural del campeonato venezolano de beisbol profesional, y a diferencia de estos tiempos, en los que la taquilla era tan importante como las transmisiones radiales, puesto que la TV no se ocupaba de esas lides, los protagonistas de aquel partido eran el Caracas y el Orientales.

Alfonso “Chico” Carrasquel era manager y jugador del Orientales, aquella efímera novena de uniforme gris sin mangas y sudadera negra (algunas de manga corta).

Creo que era la primera vez que estaba en tribuna del universitario de noche, junto a mi hermano Felipe, responsable de mi afición por el beisbol y de mi militancia magallanera. Los Leones tomaron una tempranera ventaja y cerca de nosotros, que nos manteníamos callados por cosas del score, había un individuo de esos gritones que nunca faltan en el estadio

que voz en cuello vociferaba: “hay tiempo de hacerles más”. También era la primera vez que asistía al estadio de la UCV de noche, y estaba impresionado por la claridad que ofrecían las torres al terreno de juego. Anteriormente había ido a partido del beisbol profesional, pero dominicales y matutinos, y a ablandar las duras gradas de universitario.

Además del Chico, (a quien desde esta línea en adelante no lo pondré entre comillas porque ese apodo pasó a ser parte de su nombre), estaban Luis “Camaleón” García, José de la Trinidad “Carrao” Bracho, Luis Peñalver, Oswaldo Blanco, Nelson Castellanos, Pelayito Chacón y los importados Mike White, Dick Simpson, Mel Nelson, Jack Hiatt, Eli Grba y Aaron Pointer, este último quizás el brazo más certero que he visto en el outfield en una temporada venezolana (con permiso de Endy Chávez).

Pasaban los innings y la “leonada” se agitaba, cuando promediaba el partido salió de la cueva para tomar un turno como emergente Chico Carrasquel. En aquel momento me vino a la memoria, tan sana como un CPU recién comprado, que cuando mi familia se vino a Caracas desde San Juan de los Morros, fuimos a vivir a una modestísima vivienda en el cerro de la Concepción, calle El Sol número 7, muy cerca del Palacio de Miraflores donde para aquellos mis años de primera infancia “reinaba” Pérez Jiménez, mis hermanas me llevaban donde el “Marico Vito”, el único que tenía un pick up en aquel sitio donde habitaba la pobrecía. Y me llevaban mis hermanas, porque mis hermanos hombres saludaban al personaje con cierta distancia para evitar confusiones. Yo sólo iba para oír un disco que tenía “Vito”, un 78 rpm de gruesa baquelita y con el sello central de un color lila, que contenía una pieza dedicada al Chico: “Carrasquelito, Carrasquelito, héroe de

fama mundial”, decía aquella especie de porro que sonaba en el lustroso tocadiscos de “Vito”, y que tuvo la deferencia de regalármelo cuando nos mudamos para la urbanización Urda-neta de Catia.

Cuando Juan Tremaria, locutor interno del universitario, con su atenorada voz anunció: “Al bate Alfonso Carrasquel”, hubo aplausos tibios pero nadie se atrevió a pitar. Pese a su nueva militancia, y a que ya habían pasado sus mejores momentos de pelotero activo, al punto que solía jugar en la inicial y no en el campocorto donde brilló por años; nadie se atrevió a pitar.

El Chico, con aquel estilo de levantar mucho el pie izquierdo para hacer swing, chocó la bola y ese sonido tan particular del bate cuando hace contacto con la esférica, llenó el ambiente, mientras la blanca pelota tomó rumbo al leftfield, sin que ningún rival lograrse detenerla, hasta que Carrasquelito llegó sin problemas a la inicial.

Al lado de mi hermano estaba un señor con un traje cruzado de gruesa tela, quizás casimir, que llevaba en el ojal un sellito (un “pin” dicen ahora) de fondo azul, con una media luna y una estrella en dorado opaco, enseña del viejo y en ese momento desaparecido Magallanes.

“Ahí está, un hit por su banda”, dijo aquel magallanero. “Aún le queda algo, aunque digan que está quemao”.

Aquel sencillo fue como la chispa que encendió a la toletería de los Orientales, que remontaron la cuesta e igualaron en aquel inning, e hicieron silenciar al caraquista que dejó de gritar “hay tiempo de hacerles más”.

Orientales terminó con el triunfo y mi hermano Felipe y yo salimos alegres y hambrientos, a caminar por el “puente de los estadios” hasta Sabana Grande, donde había un vendedor de perros calientes que nos sirvió para completar la jornada.

Por esas cosas de la casualidad, mientras buscábamos como llegar a Catia, pasó un Jeep Willys rojo, que conducía un compañero de trabajo de Felipe, quien pese a ser un furibundo caraquista, nos dio la cola hasta la avenida España. De allí, por la calle Panamerica, pasamos por aquellas casas de puertas de metal con pequeñas ventanitas por donde se asomaban unos ojos y se escuchaban algunos siseos, y que sabíamos de qué se trataba, pero no era un asunto para abordar en aquella ocasión tan luminosa, al menos para mí. Seguimos adelante, dejamos atrás la zapatería “Bive”, aquella que queda vecina al bar Astra y que tenía un tipo de suela hecha por la Good Year y que duraba mucho más que las corrientes. Enfilamos de Telecuba hacia el Cuartel Urdaneta, quizás en otra ocasión habría dicho que estaba cansado, pero aquello que había visto me hacía olvidar cualquier malestar y llegamos a nuestra casa en la vereda 40 a dormir como ángeles.

Con el transcurrir de los años llegué a estar en la redacción deportiva de El Nacional. Los fines de semanas que me correspondía trabajar, de vez en cuando solía acompañar a Humberto Acosta al estadio. Según las instrucciones que recibíamos, Humberto hacía la reseña y, a quienes le acompañábamos, nos correspondía hacer las entrevistas después del partido.

Así pude conocer personalmente al Chico. Otra vez con el uniforme del “enemigo” Leones del Caracas y como manager de la novena. Siempre estuvo presto a responder cualquier pregunta a cualquier periodista, e incluso, me

tocó presenciar cuando con el buen humor de siempre respondió: “el que quiera ver tocar a Antonio (Armas) que le traiga un tambor”.

Aquella respuesta tenía que ver con una situación de juego en la cual el “librito no escrito” indicaba la posibilidad de ordenar un toque de bola, pero había que recordar que Armas le podía sacar la bola del estadio a cualquier lanzador, en esta liga y en las Mayores.

No fue la primera vez que fui parte del grupo de periodistas que recogía las declaraciones de Carrasquel, incluso alguna vez que otra conversamos sin que mediara grabador o libreta, en aquellos actos del Círculo de Periodistas Deportivos a los cuales solía asistir.

Quizás por pena o porque mi condición profesional me lo impedía y el fanatismo ya no era tan profundo, nunca le toqué el tema de aquella noche de la victoria del Orientales al Chico.

En otra ocasión antes de un partido, en el palco de prensa del universitario estábamos varios periodistas hablando de pelota con Carrasquel, quien estaba sentado en el grupo como otro más. En ese momento se acercó un jovencito de nombre Omar Vizquel, ese mismo que tiene una buena porción records, pero que en aquel momento era un bisoño campocorto, y con mucho respeto y educación, cosa que ha distinguido a Vizquel, saludó al Chico:

“Como está señor Carrasquel”.

Uno de los colegas dijo con cierta sorna, “ahora este “rookie” le dice a Alfonso señor”.

Carrasquel, respondió como cuando sacaba el bate con la velocidad de antaño y le preguntó al colega: ¿Y es qué yo no soy un señor?

Era una gran verdad, porque siempre fue un Señor.



El autor, al bate en el Centro Juvenil de Catia

## Capítulo XVIII

### **Dejamos parte de nuestras raíces en aquel lugar**

Cuando llegamos en 1954 éramos diez. Mi madre, Laura, nueve de mis hermanos y yo, que era el menor, tendría unos seis años. Veníamos de vivir en una casita en el cerro La Concepción, calle el Sol número 3, muy cerca del Palacio de Miraflores. Anteriormente había vivido en San Juan de los Morros, donde nací. Mi madre decidió que debíamos venirnos a Caracas, donde había mejores posibilidades para todos.

Llegamos a la casa número uno de la vereda 40 de la urbanización Urdaneta, en Catia, el cambio no fue tan radical, puesto que aquella casita, mejor construida que la anterior, también era muy modesta, tenía techo de asbesto, dos habitaciones, un baño, un comedor, una sala, un porche, un jardín, surcado por una docena de escalones, y un pequeño patio.

La mudanza la hicimos a instancia de mi hermano mayor, que era militar, y que había recibido facilidades para ocupar aquel inmueble que, como un roble viejo sigue en pie. Fueron buenos aquellos constructores del tiempo de la dictadura de Pérez Jiménez.

A la hora de dormir se presentaba un pequeño problema, uno de los cuartos lo ocupaban mis tres hermanas, el otro mi madre y yo, y el resto de mis hermanos convertían, en un tiempo digno de una competencia olímpica, la pequeña sala en otra

alcoba. Sacaban unos catres de madera y lona y a dormir todo el mundo.

Con el paso del tiempo nos fuimos vinculando a la gente del sector, en una de las casas de la parte final de aquella verada vivía una familia andina, pariente de un general de apellido Prato, que en la última parte del régimen perejimenista había sido nombrado Ministro de Educación y que fue objeto de burla de manifestantes contra Pérez Jiménez, que vistieron con una guerrera militar a un burro y lo pasearon frente a Miraflores.

Meses después, por primera vez en mi vida, escuché el ruido de aviones de guerra, y vi la llegada presurosa de mi hermano mayor, Alberto, quien ya era capitán, en traje de combate. Había venido a hablar con mi madre sobre lo que pasaba, puesto que él estaba acantonado en el Cuartel Urdaneta, a unos 300 metros de la casa que habitábamos.

Supe que mi tío, Porfirio, lo habían puesto preso porque, pese a ser civil, daba clases en la escuela de la aviación en Maracay y había pilotado uno de los aviones que trató de derrocar al dictador.

Días después hubo una algarabía y la gente salió a la calle a celebrar que había caído Marcos Pérez Jiménez. Observé dos cosas que me llamaron la atención, un vecino nuestro trabajaba en la Seguridad Nacional y llegó a su casa pálido y sudoroso, sin saludar a nadie y se encerró por muchos días. También vi a un compañero de la escuela, de apellido Hueck, quien vivía al lado de la bodega El Paují y frente al Cuartel Urdaneta, ondear una bandera roja. Le pregunté de qué era aquella bandera y él me respondió, “del partido comunista”,

y saludó a una gente que, con una bandera similar, pasaba en un jeep: “salud camaradas”, les dijo. Yo no comprendía aquello, pero seguí disfrutando de unos días de vacaciones inesperadas.

Mis hermanos mayores se fueron casando y se iban de la casa a formar una nueva familia. Alberto, el mayor, había hecho construir una habitación en el pequeño patio, lo cual en el principio lamenté, porque ya no podíamos jugar chapitas.

Mi padre, era de esos que se podían llamar “itinerantes”. De vez en cuando llegaba a la casa, me daba alguna moneda, pero no se quedaba nunca a dormir, claro luego entendí que tenía otra mujer. En una mañana, de esas “visitas” breves que hacía mi viejo, llegó mi hermano Alberto y le dijo, “pique los cabos de aquí y no venga más”.

Mi padre tomó su sombrero y salió, pero mi madre, cuyo carácter era, por lo menos imponente, discutió con Alberto y le recordó que aquel viejo que había corrido de la casa lo había ayudado para entrar a la Escuela Militar y que siempre había sido un respaldo en la crianza de mis hermanos. Él le respondió algo, que no recuerdo bien, pero lo que no se me olvidará nunca, fue la respuesta de mi vieja, que le sacudió repetidamente el palo de la escoba que tenía. Alberto corrió y ganó la puerta.

Posteriormente volvería, en otro tono, pero a partir de aquel momento nunca nos dirigimos la palabra.

Tenía 15 años de edad cuando mi padre murió de cáncer, ya todos mis hermanos se habían ido y la casa la compartíamos mi vieja y yo. Fue duro para ambos, incluso en lo económico, aunque mis hermanos ayudaban. Mi relación con el resto de

ellos siempre ha sido cercana y cariñosa, sobre todo con la última, Fanny, quizás porque la diferencia de edad no era mucha (cinco años) y porque teníamos gustos e intereses similares.

Ella, desde secundaria, se había vinculado al PCV, y yo militaba en un comité de base con varios de nuestros vecinos.

Cuando la situación se puso más apremiante, tuve que trabajar de día, en un banco, y estudiar de noche, en el liceo 19 de Abril (el Andrés Eloy nocturno). Ella se había casado y divorciado, pero se quedó fuera del ámbito del hogar, aunque iba a almorzar casi a diario, puesto que trabajaba en el Palacio de Miraflores de secretaria y podía llegar en minutos a la vereda, al igual que yo, que era office boy en el Citibank, chamba que me había conseguido el marido de otra de mis hermanas.

Cuando reabrieron la Universidad Central de Venezuela, cerrada por orden del presidente Rafael Caldera, Fanny y yo entramos. Ella en la escuela de Psicología y yo en Comunicación Social.

Había pasado el momento fuerte de la guerrilla, aunque algunos se quedaron en la montaña, entre ellos gente de Bandera Roja y de Organización Revolucionaria, que se denominaban a ellos mismos los irreductibles.

Yo me vinculé a la gente del MIR, no me gustaban las posiciones del MAS, ni lo sovientizante del PCV, y mi hermana trabajaba con el Comité de Derechos Humanos, grupo integrado por gente ligada a la gente que aun se mantenía en armas.

Dejé de trabajar en el banco, en el que ganaba bien, pero estaba convencido de que no sería banquero, que sería periodista.

Un antiguo novio de mi hermana, un flaco jodedor y burlista llamado Sergio, me ofreció ir a Radio Tiempo a aprender, en aquel tiempo no había régimen de pasantías ni nada que se le parezca y allí me encontré con un compañero de militancia y de la universidad. Al poco tiempo Enrique quedó fijo, en el horario de la tarde, y mi me dejaron la guardia dominical, de seis de la mañana a seis de la tarde por 100 bolívares, pero estaba en lo que me gustaba.

Fanny, por su parte, comenzó a visitar a los presos políticos del Cuartel San Carlos, allí conoció a un flaco del que se enamoró, Argenis Betancourt se llamaba. En algunas ocasiones fuimos juntos y Argenis y yo solíamos discutir de su posición y la mía, sin concordar pero con respeto. Incluso, llegué a escribir en un periódico, (Qué hacer), que era vocero de aquella gente, pero sentía que estaba colaborando con la izquierda, más allá o más acá de mis posiciones, pero contra las injusticias y por la gente.

Un domingo en Radio Tiempo, muy temprano me llamó Fanny, “mano pasó algo en el San Carlos. Averiguas y me llamas”.

En efecto, 23 presos políticos entre ellos Argenis y su hermano Carlos se habían fugado por un túnel, cuya entrada estaba a la vista de todos y, quizás, por ser tan evidente nadie lo veía. En uno de los pasillos había una mesa de dibujo pegada a una pared, y en la pared había un dibujo que parecía una raíz cuadrada, sin embargo, cuando lo detallabas, te podías dar cuenta que era un hombre tendido en el suelo en posición de disparar. Esa era una losa removible por donde se accedía al túnel que seguía hacia abajo y que iba a parar a una casa, justamente la casa de un músico, Víctor Cuica, por donde salieron los fugados.

“Se fugaron 23 hermana, pero no tengo los nombres”, la llamé por teléfono.

La emisora se revolucionó, porque comencé a lanzar “fanfarrias”, con informaciones sobre el caso antes que el resto de las radios y José Campos Suárez, que era el reportero policial se pegó a la noticia.

Mi hermana y la gente del Comité de Derechos Humanos pensaban que era un engaño y que habían masacrado a los presos y lo ocultaban con un intento de fuga. Fueron a parar al San Carlos y al grupito que fue lo dejaron preso.

Llamé nuevamente a Fanny, pero nadie respondía. Cuando llegué a la casa me encuentro con una reunión familiar. Mi mamá me dijo, Fanny está presa por meterse en vainas. Alberto, como director del grupo advirtió, “que nadie la vaya a visitar, esa carajo me está jodiendo mi carrera y quien la ayude me está perjudicando”.

Respondí, ante el silencio del resto, “estás equivocado, esa es mi hermana y yo voy a ver en qué condiciones está, porque ella está preñada”.

“Coño, lo que faltaba, el hijo debe ser de uno de los guerrilleros”, dijo mi madre.

“Hermanito no vayas, recuerda que yo soy el director del DIM”, le escuché decir a Alberto después de tantos años.

No dije más nada. Al siguiente día me llevé unas mudas de ropa y las metí en una bolsa plástica y al terminar el trabajo me fui para el Cuartel San Carlos a visitar a mi hermana.

Llegó y el oficial de prevención me preguntó a quien venía a visitar, y le dije que a mi hermana Fanny. Me pidió la cédula y luego de verla me dijo, ustedes no son hermanos un carajo, ella tiene un apellido y tu otro. Aunque le expliqué, le argumenté, le dije y redije, nada. A lo único que accedió fue a hacerle llegar el paquete con la ropa.

Esa misma noche, mientras yo estaba donde mi novia, en la urbanización Simón Bolívar, unos bloquecitos de cuatro pisos que estaban casi pegados al Cuartel Urdaneta, suena el teléfono del apartamento donde vivía “La Flaca” y su familia y ella me dijo, es tu mamá. Atendí y la vieja me formó un peo porque estaban allanando la casa buscándome. Salí, por uno de los pasillos laterales de la urbanización y justamente cuando llegaba a la casa, allanaron el apartamento de “La Flaca”, los que me buscaban habían entrado por la parte frontal de aquella urbanización.

La intención era amedrentarme, pero nada. Hablé con la gente del MIR y con todo el que se me pusiera en el medio para que soltaran a Fanny, pero nada. Sin embargo, tuvo un connato de aborto y la dejaron ir.

Sin embargo, mi madre se sentía avergonzada por lo que había ocurrido y decidió mudarse y yo con ella, no la podía dejar sola. Para mi fue un duro golpe dejar aquella zona y aquellos amigos. Sin embargo, siempre que podía recalaba en el Centro Juvenil de Catia, sitio de reunión de mi gente, pero cada vez, por razones de trabajos las visitas eran más espaciadas y me convertí en eso, una visita.

Una mañana, muy temprano, aun no me había levantado de la cama, sonó el teléfono. Atendí, las llamadas a esas horas

suelen alarmar y no quería que la vieja se preocupara, era otro de mis hermanos, “El Negro”, para explicarme “hermano Luciano está muy enfermo con cáncer y quiere despedirse de mi mamá, el va para allá, no vayas a formarle un peo”, dijo.

“Tranquilo hermano”, respondí.

Llegó, yo por cierto estaba escribiendo de una laptop de las primeras que salieron, mi madre la abrió la puerta y le trató como si fuese una visita, incluso le trató de usted. Alberto no le dijo nada de su condición, a mi me saludó y me comentó sobre los avances tecnológicos, me dio la mano al despedirse y, como fue siempre nuestra costumbre familiar, le pidió la bendición a mi madre, “que Dios le bendiga”, respondió parca.

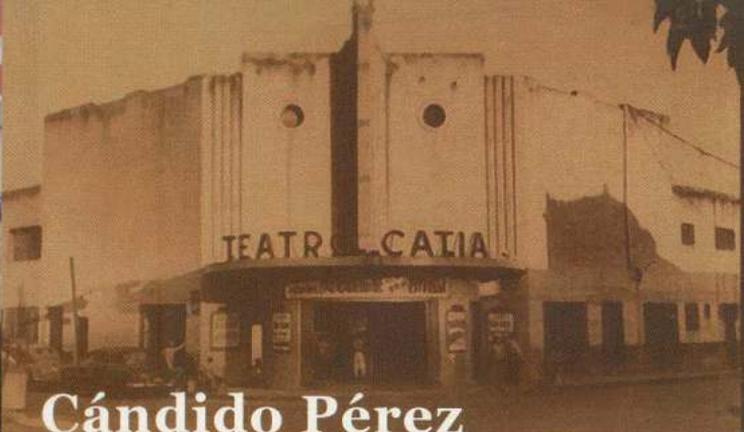
Mi madre nunca supo de su muerte, ni Fanny ni yo fuimos a su sepelio.

Fanny tuvo un hijo, un premio, un buen muchacho estudioso y trabajador que le completó su vida. Ella sigue trabajando por la gente en Maracay, tratando de que aquella revolución que soñó se haga realidad.



En la vereda 40 se cocinó la infancia del autor

Esta edición de 3.000 ejemplares  
se imprimió durante el mes de octubre del año 2013,  
en los Talleres Game Vial, C.A.  
en Valencia, Venezuela



## Cándido Pérez

Cándido es guariqueño, pero su infancia transcurrió en la Catia de sus amores; una población que mantuvo largo tiempo sus tradiciones, como algunas otras que tardaron en absorber el modernismo de lo urbano. Cándido supo de juegos de carrito y caballos de palo de escoba; competencias de aros de bicicleta y competencias de perinola. Las vivencias de Cándido son similares a la de los muchachos de La Vega, Propatria, La Pastora o El Guarataro; él pertenece a esa generación que tuvo la suerte de decirle adiós a una Caracas que ya no se recuerda. Cándido, el guariqueño, el de Catia, se graduó de Periodista en la UCV y se curtió entre Radio Tiempo, Continente, Rumbos, Meridiano, El Universal y El Nacional. Fue colaborador de Séptimo Día y cronista musical de Swing Latino. Es Premio Nacional de Periodismo (Impreso) en 1984.



Ministerio del Poder Popular  
para la Educación

IPASME



**DISTRIBUCIÓN  
GRATUITA**  
PROHIBIDA SU VENTA